11

MEMORIA

DE LO MAS INTERESANTE

QUE HA OCURRIDO

EN LA CIUDAD DE ZARAGOZA

CON MOTIVO DE HABERLA ATACADO

EL EXÉRCITO FRANCES.

J. C. y Sol

..... *quaeque ipse miserrima vidi,*
Et quorum pars magna fui.
AEneid. l. 2. v. 5.

MADRID
IMPRENTA DE LA CALLE DE LA GREDA.
1808.

CARTA

DE UN AMIGO DEL AUTOR.

Zaragoza 29 de octubre de 1808.

SEÑORES EDITORES DEL MEMORIAL LITERARIO.

Mui señores mios y de mi mayor respeto : El interes que todo el conjunto de la nacion , cada una de sus provincias en particular , y señaladamente esa Corte ha tomado por los sucesos de esta ciudad , hace tiempo que clama por un escrito que reuna en sí lo mas principal é interesante con verdad , claridad y precision. Sabemos se han extendido varios

*

papeles, cartas y relaciones, que ó bien se han ceñido á alguna accion particular, ó bien, abrazando algunas mas, no forman con todo eso un todo de historia que enlace y comprehenda desde sus principios por un órden cronológico todos los sucesos desde la primera entrada de nuestros detestables y realmente caros *aliados* y *amigos* hasta su huida vergonzosa. Es verdad que el pormenor de todo lo ocurrido en el sitio de esta ciudad exîge una historia completa, ya por el singular denuedo de los naturales habitantes, ya por lo heroico de algunas acciones parciales, y ya por las varias circunstancias que se mezcláron en ellas, que colocan á esta capital entre las mas

famosas ciudades de la historia antigua y moderna, nacionales y extrangeras que han sufrido sitios semejantes: pero miéntras esta historia, que pide tiempo, y largo estudio y trabajo, no puede en breve salir á luz, estan inquietos y ansiosos los ánimos por ver una narracion seguida, completa y verídica de todos los sucesos, que satisfaga los deseos generales de la nacion.

Esta idea, que en el tiempo mismo de nuestras desgracias pasó repetidas veces por mi imaginacion, la comuniqué á un amigo mio, capaz de desempeñarla felizmente, en el instante que nos vimos libres de las infernales tropas, que por el espacio de dos meses justos nos han hecho sufrir lo que no se

puede expresar. Todo el orbe, le dixe luego que calmáron nuestros primeros transportes, todo el orbe está esperando tener, aunque sea por un borron, noticia de lo ocurrido en Zaragoza; y este deseo debemos de justicia satisfacerle: manos á la obra, pues somos deudores al afecto y compasion con que todos nos han mirado en nuestra desgracia, admirando nuestra heroica fortaleza. No tardé en ver cumplidos mis deseos, pues mi amigo precipitadamente escribió su obrita, titulándola: *Memoria de lo mas interesante que ha ocurrido en la ciudad de Zaragoza con motivo de haberla atacado el exército frances.* La dió el título de *Memoria* expresando su objeto, dirigido á formar solo un bosquejo

del gran quadro que debe en adelante formarse, y ciñéndose únicamente á lo mas interesante, sin entrar en pequeñeces ni particularidades, porque todo esto, y el darle la extension debida, toca á un hábil historiador; pero sí cuidando de la exâctitud mas escrupulosa, sin desfigurar cosa alguna en su narracion.

Está obrita debió salir á luz á principios de setiembre, y él así me lo prometió; pero varios incidentes inopinados retrasáron el gusto de que se supiesen luego, luego las glorias de su patria en los paises mas remotos por medio de esta sucinta, pero auténtica y bella, produccion, apreciable por sí y por ser dispuesta por un hijo de Zaragoza, que ha tenido la glo-

ria de permanecer en su patria durante los dos meses del asedio. Las descripciones tan animadas que hace mi caro amigo estan llenas de belleza y energía, de manera que los acontecimientos se presentan á la imaginacion con tal viveza, que nada dexa que desear. La circunstancia de amigo podria producIr, si yo me extendiese mas en su elogio, la sospecha de parcialidad; pero el público desinteresado que sabe dar valor á lo que le presenta, sabrá darle ciertamente el que merece en el momento que vea la exâctitud con qué está escrita esta memoria respecto de lo que debe exîgirse de su título. Yo por lo ménos me prometo tenga el voto de quantos hemos visto de cerca lo ocurrido en

aquella desgraciada época. Omito pues el detenerme mas, como pudiera, en dar á Vmds. conocimiento de ella, puesto que la han de ver publicada por la prensa en esa Corte; y solo les suplico tengan la bondad de manifestar al público este aviso, que sirva como de prospecto ó prólogo, para que sepan los que lleguen á leerla el motivo con que se escribió, y tengan la satisfaccion de ver que se ha dado cumplimiento á sus deseos, y la seguridad de que leen una narracion escrita por un testigo ocular, hijo de la patria; y que si bien ha sido tan modesto que aun su nombre oculta, porque prefiere á todo la obscuridad, pudiera lucir no obstante sus títulos de Doctor en ámbos Derechos,

Maestro en Artes, Socio de la Real Sociedad Aragonesa, Académico de honor de la de San Luis, Bibliotecario de la misma, &c. &c. Pero todo lo ha omitido, porque es de sentir, y afirma "que si su „produccion tiene algun mérito, „ella misma se dará á conocer; y „si no, no le faltarán compa„ñeras."

Con esta ocasion me ofrezco á sus órdenes, quedando su seguro servidor Q. S. M. B. = Josef Darlod.

PREFACIO.

Los sucesos acaecidos en la ciudad de Zaragoza, con motivo de haber sido atacada y sitiada con el mayor empeño por el numeroso exército de tropas francesas, son de tal naturaleza, que exceden á quantos presenta la historia; y aunque requieren una narracion dilatada para tener la debida noticia de todos ellos, ha parecido oportuno dar á luz un bosquejo del gran quadro que debe delinearse, para que sirviendo como de preliminar, suministre por el pronto una idea exâcta á todas las nacio-

nes del patriotismo, entusiasmo, energía y valor con que se han conducido en la situacion mas crítica sus moradores.

No obstante la precipitacion con que se ha formado este escrito, se hallará en él exâctitud, pues habiendo permanecido en la capital, no pueden tergiversarse los hechos, que por mucho que se describan, nunca la imaginacion podrá concebirlos como han sido en sí. Se disimularán los defectos, casi indispensables, en producciones de esta especie.

In freta dum fluvii current, dum montibus umbrae
Lustrabunt convexa, polus dum sidera pascet:
Semper honos, nomenque tuum, laudesque manebunt.
Virgil. AEn. l. I. v. 526.

Valerosos zaragozanos: ya es hora que depongais por un momento el estrépito de las armas: alzad la frente, escuchad la voz de un compatriota que va á desplegar el lienzo mas asombroso que se habrá visto en los anales de la historia. No es la pasion ni la parcialidad la que me anima á reunir unos hechos, que al paso que os eternizarán, serán el pasmo de las naciones. La religion santa, la religion de nuestros mayores es la que excita mi espíritu, la que lo inflama, y hace que, lleno de un fuego extraordinario, rompa la voz para referir

cosas inauditas hasta el presente. Léjos de mí todo aquel que no respete la mano poderosa que nos patrocina; y léjos todo rodeo y exâgeracion: la verdad, la sencilla verdad resplandezca con todo su esplendor; y no hay temor que pueda desfigurarse quando en su abono se hallan millares de espectadores, que uniéndoseme, confundan al incrédulo que se atreva á impugnarla.

Desde el momento que nuestro amado Fernando VII, recibido por monarca de España de consentimiento unánime de todas las provincias, partió de la villa de Madrid en la buena creencia de hacer felices á sus pueblos, y conciliar la paz de la Europa, aun las gentes mas sencillas previéron no sé qué en su interior que se perturbáron sus ánimos. Todos sintiéron una partida tan inesperada, y nada era capaz de tranquilizarlos, ni mitigar sus zozobras. Bien veian las seguridades que les confiaba su soberano, y escuchaban las reflexîones

de muchos que les decian : "Un con„quistador tan plausible no puede mi„rar con indiferencia la suerte de sus „aliados. ¿Creeis que un emperador „ha de tener los sentimientos de un „hombre de baxa estirpe ; que se ha „de alimentar de la intriga y de la „perfidia , y que á la faz del univer„so se ha de revestir con el carác„ter de la honradez para sacrificar á „un inocente? ¿No ha introducido to„das sus tropas en vuestro territorio, „y os ha extraido las que teniais den„tro , publicando su alianza y armo„nía con el afecto mas paternal?" Pero nada de esto les satisfacia , y persistian siempre en una cierta agitacion. Fascinados la mayor parte con las seductoras perspectivas que se les presentaban hacía tanto tiempo , no se podian persuadir, impelidos por unos principios generales , y baxo la creencia á que inducia el órden que debian llevar las operaciones , de que la partida del soberano pudiese acarrear á la nacion funestas conseqüencias. Li-

sonjeábanse con que tal vez un enlace á lo sumo iba á terminar las querellas que tenian agitado el globo; y entre mil cavilaciones entretenian sus esperanzas, al paso que nuestros paisanos se asestáron al momento en el verdadero punto de vista, y penetráron mas que los que se llaman sabios; y como no se habian entretenido en dar oidos á algunas sirenas encantadoras que inundaban la península, empezáron á temer, pronosticáron un mal, y enmedio de su tosco y profundo silencio manifestaban cierta entereza, que daba á entender mas que los discursos estudiados.

Estaba todo el orbe en expectacion sin saber ni acertar qual podia ser el éxîto de tamaños acontecimientos. La inesperada y pronta caida del malvado, orígen de tantas desgracias; la exâltacion feliz del jóven príncipe; la muchedumbre de tropas francesas que ocupaban nuestro territorio; la decantada visita del emperador tantas veces prometida; su arribo á la villa

de Madrid, anunciado por los intérpretes de su voluntad: todo presentaba mil quadros lisonjeros á las imaginaciones crédulas, y cada qual se disponia á celebrar los dias de aclamacion y triunfo; pero en el punto que la familia real con toda la grandeza se reunió en Bayona, se corrió de improviso el velo, descubriéndose, quitada ya la máscara, el horrendo monstruo que se habia hecho proclamar con el epíteto sublime de *héroe*. El amigo, el íntimo y el caro aliado de la España, despues de executar como un farsante mil ridículas exterioridades para alucinar á los incautos, cohonestando con frívolos pretextos su poca conseqüencia, su ninguna exâctitud y órden en los negocios ministeriales, faltando á su palabra y á los mas sagrados deberes, se transforma en juez para encubrir mejor su ambicion, llegando su fanatismo y delirio á un punto de que no hai exemplar, y que hará despreciable su nombre y su reinado.

Quedáron yertos todos los corazones españoles al ver que el que les prometia la felicidad, se habia convertido en un raptor descocado é insolente, que no contento con arrebatarles la regia estirpe, aspiraba á ocupar el trono para exercer las mismas vexaciones que en la Italia y demas paises conquistados; y rebosando en cólera exclamáron: "El destructor de »la humanidad ha jurado sin duda la »extincion del universo. ¡Quien lo »creería de un monarca, ni cómo fi»gurarse podia caber en corazon hu»mano tanta baxeza!" Al tocar tan terrible desengaño, la palidez y horror se apoderó de todos los verdaderos españoles. Vosotros, amados compatriotas mios, os abandonasteis al mas profundó sentimiento, llorasteis en secreto la pérdida del amado Fernando, y vuestro primer impulso fué dirigir al cielo fervorosas súplicas para que os le conservase y restituyese. Los templos se viéron llenos de la muchedumbre, que á porfia se esmeraba

en sus ruegos. La angélica Capilla, lustre de la patria y de la nacion, ofrecia las escenas mas gratas, pues la piedad brillaba con el mas interesante fervor. Resonaban las bóvedas con los cánticos de religion que los fieles dirigian al Excelso: cánticos que hacian sensibles los mármoles, pues iban envueltos en el llanto de ternura que las almas piadosas despedian. No se mostró el cielo sordo á tantas plegarias. El 17 de mayo á las doce y quarto del dia se divisó una nube que figuraba una blanca y hermosa palma, que campeando sobre un fondo azulado, y no ofreciendo á su alrededor sino otras pequeñas nubecillas, descubria con toda claridad la configuracion mas concreta, y de bastante extension, doblegándose al último con la mayor propiedad. Conmovióse todo el pueblo; ỳ aunque disipada la nube, se redobláron las súplicas, y la devocion ardiente tomó incremento, manifestando en aquella noche los fieles su gratitud con pú-

blicas solemnes rogativas qual no se habian visto jamas.

Este suceso merece alguna detencion, y analizarse para satisfaccion de las almas piadosas, y confusion de los incrédulos. Hubo quien observó la nube que figuraba la palma desde el templo de nuestra señora del Portillo, y fué siguiendo su curso hasta que traspuso el de la Vírgen del Pilar, y se disipó; habiendo sido su duracion y consistencia de media hora sobre poco mas ó ménos. Prorumpiéron todos: milagro; y como la plebe acostumbra hacer cierto abuso de una voz tan respetable, no faltó quien expresase podia ser un fenómeno, aunque no dexaba de sorprehender su comparecencia; pero cotejado todo con lo ocurrido posteriormente, nadie ha dexado de confesar á boca llena que María milagrosamente nos quiso dar á entender su proteccion, nos confirmó su permanencia hasta el fin del mundo, y nos aseguró la victoria que tan gloriosamente hemos lo-

grado sobre nuestros enemigos. En breve tendió la fama por los ángulos mas remotos tan singular acontecimiento, ỳ el pueblo siguió en sus oraciones sin conmoverse.

Al octavo dia se vió á los paisanos dirigirse al palacio del capitan general D. Jorge Juan de Guillelmi, y con la mayor armonía, aunque con intrepidez, pidiéron las armas, que se hallaban cerradas en el castillo llamado de la Aljafería. [1] Se accedió

1 El dia 21 de mayo se recibió en esta la órden para el nombramiento de diputados, que debian concurrir á Bayona, el qual todavía no se ha verificado. El 22 se notáron ciertas reuniones en los parages mas públicos que indicaban ya lo que iba á suceder. El 24 estaba la casa de Administracion de Correos, calles y plazas inmediatas cubiertas de un inmenso gentío; y en el momento que se divulgó la violenta renuncia de nuestro soberano Fernando VII y demas de la real familia, que traia la gazeta de Bayona, sacó un estudiante su escarapela encarnada, y colocándola en el sombrero exclamó: *Está visto*: *el que quiera sígame*: y un artesano al oir lo que le leia un compañero suyo, deteniéndole, pronun-

por fin á su demanda ; y S. E., conducido á pie por la multitud , llegó al castillo , donde todavía permanece. Tal fué la energía y calor con que emprendiéron la obra, que unos se armáron , otros se abrazáron con los cañones, aquellos conducian las cureñas, y en horas montáron un sin número de piezas de artillería : operacion que hubiera costado muchos miles á un soberano; mas tal es el efecto que produce siempre la energía. Miraban los campesinos con cierta complacencia aquellos instrumentos inventados para la ruina de la humanidad , y los custodiaban con la exâctitud que pudieran hacerlo los soldados mas veteranos. Recobrados de su primer enagenamiento , lo primero que observan es que

ció en voz alta : *Vive Dios que este negocio se ha de terminar con el puñal en una mano y el rosario en la otra.* En breve todos se halláron poseidos de iguales sentimientos, y se dirigiéron al palacio del capitan general.

les falta un gefe. Conocen que sin cabeza han de ser inútiles sus esfuerzos. ¿Y quien podrá llenar la confianza de unos verdaderos patricios inflamados por el bien comun? Pero nadie titubea: Palafox es elegido por aclamacion: todos se encuentran este nombre en sus labios sin presentirlo: corren á buscarle precipitadamente, y á prestarle sus homenages.

Hallábase bien ageno, por cierto, de tal nombramiento el señor D. Josef Palafox y Melci, pues retirado del bullicio de la corte, y sorprehendido con lo que habia presenciado en Bayona, sepultado en la obscuridad, no hacia sino es llorar las desgracias que preveía amenazaban á su cara patria: quisiera salvarla; pero por sí solo le era imposible, y así aislado pasaba sus dias en la torre llamada de Alfranca, alimentándose de la mas negra melancolía. De improviso ve arribar una tropa de paisanos armados, que con indecible alborozo llegan, le rodean, le hacen saber los votos de

los zaragozanos, y le proclaman por su general y protector. Palafox les hace breves reflexîones sobre lo arriesgado del empeño, la diversidad de pareceres, que podian ocasionar una sedicion siempre odiosa, la exîstencia de su antiguo general, y aun la de su lugar-teniente D. Cárlos Mori. Nada les convence, la fuerza decide el empeño, y Palafox es conducido á la capital con festivas aclamaciones. Este hecho acaloró mas la fantasía de todos. Palafox repitió de nuevo los grandes inconvenientes que llevaba consigo una empresa superior á sus fuerzas: propuso se hiciese la eleccion por las autoridades, y que estas señalasen una persona á su satisfaccion. Logra que se reunan los magistrados, y en el acuerdo general que se celebró en el dia de la Ascension, procuró con enérgicas razones evadirse de un cargo tan delicado, expresando, que por mucho que se esmerase, nunca estaria á cubierto de la maledicencia, que siempre se halla

dispuesta á turbar el órden, y sembrar la discordia entre gentes, que por lo comun se dexan llevar de las primeras impresiones. La delicadeza del negocio exîgia una larga discusion; pero el inmenso concurso que en la plaza de la Seo y puertas de la Real Audiencia esperaba el éxîto, no pudiendo tolerar tantas horas, empezó á demostrar su impaciencia con rumores, que no dexáron de alarmar algunas personas sensatas, las quales para evitar un sentimiento les propusiéron subirian en su nombre á hacer presente su inquietud al Real Acuerdo. Fué aceptada la proposicion; y habiendo pedido audiencia algunos sugetos distinguidos, les fué concedida, y manifestáron que el pueblo estaba algun tanto conmovido esperando la decision, que segun el aura popular desde luego habia de recaer sobre Palafox, y que desearian, para evitar una sorpresa, poder anunciarles en breve que quedaba formalmente reelegido. Poco tardáron en tener esta

satisfaccion. El grato nombre del nuevo gefe vuela de boca en boca, y mil vivas acordes resonáron por todas partes, que manifestaban el comun contento. Restituyóse Palafox á su casa rodeado de los magistrados, y seguido de la muchedumbre, que con extraordinaria algazara redoblaba sus demostraciones de júbilo, y sin detencion despidió las órdenes mas eficaces, con varios manifiestos que indicaban bien el fuego y entusiasmo que circulaba por sus venas. [1] De impro-

1 El 26 de mayo, dia de la Ascension, se celebró Real Acuerdo, en el que fué elegido por capitan general y gobernador del reino de Aragon el Sr. D. Josef Rebolledo Palafox y Melzi, Bermudez de Castro &c., Oficial mayor de Reales Guardias de Corps, Brigadier de los Reales Exércitos, Caballero de la ínclita Orden de S. Juan de Jerusalen, Comendador de Montanchuelos en la de Calatrava &c.; y fué tal su actividad, que al dia siguiente empezó á ponerlo todo en movimiento, y en breve expidió el exhorto siguiente.

"Aragoneses. Llegó la época feliz de que con »vuestras gloriosas hazañas acrediteis que el

viso compareciéron un sin número de gentes con su escarapela encarnada,

»espíritu guerrero que heredasteis de vues-
»tros gloriosos progenitores, conozca la Eu-
»ropa entera habeis sabido conservarle. La
»religion, el rei y la patria gemirian con o-
»presion si la magnanimidad de vuestros pe-
»chos no fuese un muro incontrastable á todo
»el que atentase contra ella: vuestro gene-
»ral, á quien el zelo patriótico que os ani-
»ma sacó del retiro en que se hallaba res-
»tableciendo su salud quebrantada, os con-
»ducirá por el sendero del honor y de la
»gloria: nada importa su vida, si con ella
»redime la gloria de la patria. Sí, valero-
»sos patriotas, arrostremos los peligros que
»jamas conociéron los valientes aragoneses
»quando aquella peligra: no haya partidos:
»acudamos indistintamente á las armas, for-
»memos todos un cuerpo, y como herma-
»nos y verdaderos hijos, desde la edad de
»diez y seis á quarenta años, sin excepcion
»de clases, espero se presentarán conmigo
»en el campo del honor: y con este obje-
»to acudamos al sitio que os he señalado,
»para que con el conocimiento exâcto del
»número con que puede contarse, se formen
»los tercios que por mis oficiales se instru-
»yan en las evoluciones precisas á la urgen-
»cia de este grave caso, ó á mi presencia
»quando fuere compatible con otras obliga-

divisa nacional que todos abrazáron sin titubear; y en aquella tarde des-

»ciones, ó la de la persona ó personas que »designare; teniendo presente que el alis- »tamiento deberá entenderse por el tiempo »que dure la presente necesidad."

Sin embargo de que todos voluntariamente se alistáron desde los principios, y que estaban poseidos de un ardor extraordinario, para que en toda España se conociese el espíritu que animaba á los de Zaragoza, se publicó el siguiente manifiesto.

"La Providencia ha conservado en Aragon »una cantidad inmensa de fusiles, municiones »y artillería de todos calibres, que no han »sido vendidos ni entregados con perfidia á »los enemigos de nuestro reposo. Vuestro »patriotismo, vuestra lealtad y vuestro amor »á las santas costumbres que habeis hereda- »do de vuestros mayores, os decidiéron á sa- »cudir la vergonzosa esclavitud que os prepa- »raban la sedicion y las falsas promesas del »gobierno frances, que reglando su conducta »por un maquiavelismo horroroso, solo aspi- »ra á engañaros, como á toda la España, pa- »ra llenar de oprobrio y de vergüenza la na- »cion mas generosa del orbe.

»Os habeis fiado de mí; y esta honra, »que sin yo merecerla, habeis querido dis- »pensarme, me obliga á descorrer el velo »de la iniquidad mas exêcrable. Mi vida, que

de el niño hasta el anciano todos quedáron hechos militares, dispuestos á

»solo puede serme apreciable en quanto sea »capaz de contribuir á vuestra felicidad y á »la de mi amada patria, es el menor sacri»ficio con que pudiera pagaros las pruebas de »amor y de confianza que os merezco. No lo »dudeis, aragoneses, mi corazon no es capaz »de abrigar delitos, ni de confabularse con »los que los conciben ó protegen. Algunos »de los depositarios de la confianza de la »nacion española, los que tienen en su ma»no la autoridad suprema, son los primeros »á proporcionar vuestra ruina por quantos »medios sugiere la malicia, y á aliarse des»caradamente con nuestros enemigos. La sed »del oro, y la engañosa idea que acaso han »concebido de conservar unos destinos man»chados con sus iniquidades, les hace mirar »con una fria indiferencia el exterminio de su »patria. Aunque tengo fundados motivos pa»ra creerlo así, omitiré el manifestarlos pa»ra excusaros nuevas penas. Tal vez en esta »época, sabiendo vuestra resolucion, la de »los esforzados valencianos vuestros vecinos, »y la de todas las provincias de España que »piensan del mismo modo, algunos de sus »gefes se habrán decidido por lo justo, y tra»tado de sacudir el yugo que, valiéndose de »su misma iniquidad, se pretendia imponer»nos. Si yo me engaño en creerlo así, que

derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rei. Fué in-

»tiemblen los malvados solo de pensar que »el tiempo puede desenvolver estas verda»des. No temais, aragoneses; defendemos la »causa mas justa que jamas pudo presentar»se, y somos invencibles. Las tropas ene»migas que hai en España nada son para »nuestros esfuerzos: ¡é infelices de ellas si se »atreven á repetir en qualquier pueblo espa»ñol lo que hiciéron el 2 de mayo en Ma»drid, sacrificando sin piedad, y llamando »sediciosos y asesinos á aquellos mismos de »quienes tan solo recibian honras y bene»ficios que no merecen! Bayona es buen tes»tigo, y sabe originalmente las violencias »que despues de una serie de perfidias y en»gaños se han cometido allí: violencias que »aparecen de las groseras contradicciones que »resultan de las fechas, de acusar Cárlos IV »de conspirador á un ministro, y de confir»mar despues su nombramiento con el de los »demas de la Junta de gobierno, y de ha»blar al rei su hijo de la primera muger, no »habiendo sido casado dos veces: en conse»qüencia debo declarar, y declaro lo siguiente:

I. »Que el emperador, todos los indivi»duos de su familia, y finalmente todo ge»neral y oficial frances son personalmente »responsables de la seguridad del rei, y de »su hermano y tio.

menso el concurso que se dirigió al castillo á ver los cañones que el pai-

II. »Que en caso de un atentado contra »vidas tan preciosas, para que la España »no carezca de su monarca, usará la na- »cion de su derecho electivo á favor del ar- »chiduque Cárlos, como nieto de Cárlos III, »siempre que el príncipe de Sicilia y el in- »fante D. Pedro, y demas herederos no pue- »dan concurrir.

III. »Que si el exército frances hiciese el »menor robo, saqueo ó muerte, ya sea en »Madrid ú en otro pueblo de los que ha in- »vadido, se considerará como un delito de »alta traicion, y no se dará quartel á nin- »guno.

IV. »Que se repute y tenga por ilegal y »nulo, como obra de la violencia, todo lo »actuado hasta ahora en Bayona y en Ma- »drid por la fuerza que domina en ámbas »partes.

V. »Que se tenga igualmente por nulo »todo quanto se hiciere sucesivamente en »Bayona, y por rebeldes á la patria quan- »tos no habiendo pasado la raya, lo hicie- »sen despues de esta publicacion.

VI. »Que se admita en Aragon y trate »con la generosidad propia del carácter es- »pañol á todos los desertores del exército »frances que se presenten, conduciéndolos »desarmados á esta capital, donde se les

sanage habia extraido, y que custodiaban con toda exâctitud. Su vista inflamó los ánimos; y en aquella sazon sintiéron muchos valientes no haber llegado ya á las manos.

Entretanto Palafox se ocupaba seriamente en la árdua empresa á que el cielo le destinaba; y conociendo las dificultades que tenia que superar en unas circunstancias las mas críticas, no perdió momento en tomar desde luego las disposiciones necesarias. Dis-

»dará partido entre nuestras tropas.

VII. »Que se convide á las demas pro»vincias y reinos de España no invadidos »á concurrir á Teruel u otro parage ade»quado con sus diputados para nombrar un »lugar-teniente general, á quien obedezcan »todos los gefes particulares de los reinos.

VIII. »Que el manifiesto antecedente se »imprima y publique en todo el reino de »Aragon para su inteligencia, circulándose »además á las capitales y cabezas de par»tido de todas las provincias y reinos de »España. = Dado en el quartel general de »Zaragoza á 31 de mayo de 1808. = El go»bernador y capitan general del reino de »Aragon = Palafox."

puso la convocacion de cortes del reino; y habiéndose despachado la circular,[1] se celebráron estas el dia 9 de junio, en las quales se aprobó lo executado: y entre otras cosas importantes se resolvió proclamar á Fernando VII con la debida solemnidad. No se omitia trabajo para organizar tropas, y poner la capital en estado de defensa. Fórmanse desde luego tercios de valientes aragoneses,

1 En la circular se prefixaba el dia 6 para la celebracion de cortes; pero la primera sesion fué el dia 9 á las diez de la mañana, congregándose en la casa del ilustrísimo Ayuntamiento y sala consistorial los diputados de los quatro brazos del reino, en la que se presentó como presidente el excelentísimo señor Gobernador y Capitan general, quien lo primero que propuso fué proclamar, como se executó, á nuestro amado soberano Fernando VII. En dicho acto se reconoció á S. E. por uniformidad de votos como gefe militar y político en nombre de S. M.; y despues de manifestar á S. E. todos los señores representantes, que fuéron en número de treinta y tres, su satisfaccion por quanto habia practicado, lo aprobáron unánimemente.

que ansiosos de volar al campo del honor, se instruyéron en el manejo del arma, y en breve se les vió partir á las ciudades de Tarazona, Calatayud, Daroca y demas puntos en número de quatro á cinco mil, para frustrar el paso al enemigo. Venian sin cesar gentes de los pueblos circunvecinos, á quienes se armó sobre la marcha; y quando se quiso darles instruccion y arreglar otras mil cosas necesarias, sábese que habian salido, con direccion á esta capital, algunas tropas francesas, que se aproxîmaban á marchas dobles, y que en breve arribarian á Tudela. Parten varias compañías á aquella ciudad, bastantes para haber hecho una vigorosa defensa si hubieran hallado una buena acogida; pero por desgracia sus habitantes, no solo yacian en la indolencia, sino que supeditados por gefes tal vez envilecidos por la intriga, se viéron en la dura necesidad de sufocar sus sentimientos: gracias á algunos paisanos, que amantes de su honor, supiéron

leales, quando ménos, evitar la ruina de nuestra gente. Sucedíanse las nuevas con una rapidez increible, y luego se supo que parte de las tropas enemigas habia pasado á Tarazona, cuyos naturales, no pudiendo defenderse por haber salido las suyas á unirse con las de Tudela, se viéron en la triste precision de admitirlos. Entráron los franceses con su acostumbrado orgullo, y despues de haber destrozado las pocas armas que halláron, dexándolos indefensos, de guerreros se transformáron en traficantes, y así se vió á los vencedores de Marengo hacer plaza, y vender los trages y ropas que tranquilamente y á placer robáron á sus aliados de Tudela. Esta conducta, propia de salteadores, sirvió ya para darnos una idea del carácter de nuestros enemigos, que ayudada de otros heroicos hechos, que la fama no dexará en olvido, hará siempre honor al digno monarca que supiéron los franceses elegirse. Consternáronse los habitantes

de esta capital al ver frustrados los primeros pasos, y que con la rapidez del rayo iban á descargar sobre nosotros. La noche del dia 13 de junio, noche de horror y espanto, que no se borrará tan fácilmente de nuestra memoria, á las doce se oyó tocar la generala con la campana de la torre nueva, cuyo disforme sonido difunde un terror pánico. De repente se ve ir, venir y tornar á millares de almas, que parte se dirigen al depósito de las armas, pidiéndolas con el mayor empeño; y parte á disponer lo necesario para una pronta expedicion. Los pasos silenciosos de unos y otros, el ruido de los carros y caballos, el estrépito de las armas, todo formaba una escena la mas tétrica. Ya se asoman y reunen en el campo llamado del Sepulcro, extramuros de la ciudad, infinitos campeones: allí se halla el mozo junto al anciano, el soltero junto al padre de familias, al eclesiástico y al religioso. Elígense de repente los gefes, y se distribuyen lo mejor posi-

ble las compañías: dase la señal, y S. E. parte al frente de todos á las inmediaciones de Alagon. Como la mayor parte de los que se reuniéron para esta jornada eran personas mayores y bien acomodadas, y otras que por su nacimiento y educacion muelle no tenian la suficiente robustez, llegáron muchos exânimes ostigados del calor; y quando confiados en una porcion de caballería del regimiento de Dragones que se habia destacado para la descubierta, que les aseguráron estar distante del enemigo, se iban á entregar á un ligero descanso para organizarse, se distingue el exército frances, que desplegándose en toda su extension, no les dió lugar para alarmarse, y entrar en accion; por lo que fué preciso, despues de alguna pequeña escaramuza, evitar un nuevo encuentro. En este suceso mas desgracias ocasionó la premura de la partida, que por la reunion de hechos posteriores se ha visto haber sido suscitada por algunos tumultuarios, que

no la destreza del grande exército. No dexó este de exâgerar el suceso; pues los franceses se alimentan con las descripciones pintorescas, y desconocen la verdad; pero en breve quedó confundida su altanería.

Se hallaba Zaragoza á esta sazon como un desierto: reinaba en sus calles y plazas el silencio mas profundo, y las infelices esposas y madres no esperaban sino que se les noticiase la muerte de sus maridos y de sus hijos. Amaneció el dia 15, y S. E., herido como estaba por un acaso, previendo una fatal seguida, á las nueve de la mañana, enarbolando una bandera blanca con la efigie de nuestra señora del Pilar, salió á reunir las tropas dispersas, por si llegaba á ser invadida la capital. Aquí se hace indispensable referir por menor en lo que consistian todos los preparativos de defensa, para venir en conocimiento de lo maravilloso que ocurrió en el dia mas célebre que pueden contar los zaragozanos. Nadie ignora que esta ciudad se

halla rodeada de hermosísimos paseos, que en varias calles ofrecen halagüeñas perspectivas, muchos edificios, ya de conventos, ya de torres y caseríos particulares: que está llena de flancos, que consisten en unos débiles tapiales: que sus puertas son de ninguna resistencia; y que ofrece mil puntos peligrosos, para cuya custodia se necesitarian exércitos enteros. En aquella mañana se cerráron á la parte del Ebro las puertas llamadas el Sol, y de S. Ildefonso hácia el oriente: la Quemada hácia el mediodia, junto al rio Huerva; y la de santa Engracia, Carmen, Portillo, Sancho y Angel permaneciéron todas cinco abiertas. A la parte interior de sus umbrales habia uno ó dos cañones, y algun obus, sin trincheras, fosos ni fortificacion alguna. Como que aun la colocacion de estos cañones era obra del paisanage: se divisaban puestos tres en el Mercado, dos en la plaza del Pilar junto á la puerta superior del templo metropolitano, uno en la calle de Predica-

dores, y así esparcidos por dentro del pueblo sin direccion; lo qual advertido por algunos buenos patricios, se hizo presente al ilustrísimo Ayuntamiento, quien comisionó á tres de sus individuos para que á una con tan zelosos ciudadanos, y algunas personas religiosas y autorizadas se persuadiese á los que los habian colccado que no eran en aquellos sitios de ninguna utilidad, y que léjos de ello podian ocasionar mucha ruina. Cediéron á tan justas insinuaciones los paisanos, y se conduxéron dos á la puerta del Carmen, otros dos á la del Sol, y otro á la entrada del quartel de caballería, que se halla inmediato á la puerta del Portillo. Hecha esta operacion, quedáron los artilleros en sus respectivos sitios con una limitada porcion de municiones, y algunos pocos paisanos para resguardarlos. Tal era todo el aparato y disposicion para recibir á mas de diez mil hombres que venian esparciendo el terror. El invencible exército se aproxîmaba erguido con

sus figurados triunfos, bien satisfecho de la acogida que le habian prometido sus parciales, y de que sin esfuerzo mayor harian la conquista de Zaragoza. Era digno de notarse el aire y continente de los ginetes, y la arrogancia de los infantes; pues cubiertos los primeros de cotas y morriones, y enristrando disformes lanzas, parecia que era poco para su esfuerzo el ámbito de la tierra. Cuidáron mucho de aliñarse soldados y gefes, y sus concubinas se adornáron con sus mejores trages y joyas para celebrar el triunfo. Ya se siente el ruido de las armas y el relincho de los caballos: todo es estrépito y confusion. Algunos que voluntariamente habian salido, y llegado á la Casa Blanca, vuelven á la una y media de la tarde anunciando se hallan allí cerca, y que es imposible impedir que entren. Esta noticia, léjos de infundir el espanto, reanima á los pocos ciudadanos que se hallaban con armas; y sin detenerse á considerar que no ha-

bia un gefe militar; que los artilleros no solo estaban á cuerpo descubierto, sino que no podian atender á desempeñar todas sus funciones; y en fin, que no podia resistirse tanta fuerza, se abalanza cada qual donde le llama su destino, y á las dos de la tarde se siente romper el fuego con la mayor actividad en la puerta del Carmen. Caen las primeras filas como las espigas á impulsos de la hoz; pero en breve se ve ocupado su lugar por otras nuevas. Los intrépidos saltan por encima de los cadáveres, y se abalanzan hasta la boca del cañon; pero no por eso tuviéron mejor suerte. Entretanto el paisanage sostenia un fuego graneado que hacia medir el suelo á muchos soberbios de los que arrostraban por todo con una temeridad increible. Viendo que la resistencia era ya formal, y que empezaba á costarles demasiado caro el empeño, procuran rehacerse, y léjos de presentarse de frente, tratáron de desfilar unidos á las paredes para huir así

de la direccion del fuego, y salvar los tristes cañones que les amenazaban. Ostigados por sus gefes, que espada en mano los iban aguijando, acometen por un estilo tan singular, que tal vez no tendrá exemplo en la táctica militar; y aunque en mucho espacio no pudo conseguir uno trepar adelante, por fin, huyendo el cuerpo, y aprovechándose del desórden, llegáron en distintos intervalos á internarse unos cien hombres, que con tambor batiente se dirigiéron hácia la Misericordia y puerta del Portillo. Bien presto fué abatido su orgullo por los labradores, esparcidos al caso en dicho tránsito; y luego que viéron se les perseguia, perdido el tino, y dispersos, intentáron salirse por las puertas del quartel de caballería, pero inútilmente, pues todos quedáron cubiertos de fria palidez. Con igual sistema, y baxo tales procedimientos, atacáron á un mismo tiempo las cinco puertas referidas, y con igual heroicidad fuéron rechazados. En va-

no procuráron sorprehender el vigor y actividad de los defensores; en vano se propusiéron fatigarlos con su tenacidad: el fuego se sostenia sin intermision, retumbaban las cercanías con el estampido del vivo cañoneo, y de cada vez se aumentaba mas y mas la pérdida de los enemigos. Activaban los nuestros el tiroteo con tanto acierto, que á media tarde se vió iba perdiendo el grande exército mucho de su teson, y que sus tropas sin órden andaban vagando de puerta en puerta, haciendo inútiles tentativas. A semejanza de las liebres, que viéndose ostigadas de los perros y cazadores, desconfiando de su ligereza, se resguardan entre los arbustos, y de uno en otro procuran salvarse: así los ínclitos héroes de Jena, guarecidos entre los árboles, se ocultaban ya en este, ya en aquel para libertarse de las terribles descargas que se les dirigian. La infinidad de arboledas que rodean la capital en varias hileras, les proporcionaba un sin núme-

ro de asilos, desde los quales hiciéron la mas osada resistencia, siendo notable la ligereza de sus maniobras, y la actividad de su fusilería, que apénas dexaba á nuestros paisanos tomar aliento. Como que las disposiciones eran muy limitadas, se concluia por puntos la municion á los defensores; y no habiendo quien diese órden alguna, apénas se previó el fallo, quando sobre la marcha se ponen en movimiento mugeres y muchachos, los quales, tendiéndose por la ciudad, unos se dirigiéron á los almacenes á tomar pólvora y cartuchos, otros iban pidiendo metralla por las casas, y ropas para tacos; y todos precipitadamente se dirigian adonde los llamaba la necesidad con un calor y fuego inexplicable. Allí fué el ver como á remo y fuerza mayor se proveyéron las puertas de lo necesario para sostener la accion, y como las mismas mugeres se presentáron junto á los cañones que cebáron, dando sin cesar agua y vino á los artilleros,

que no podian resistir mas, animándolos con las expresiones mas tiernas, y diciéndoles: *Hijos, refrescaos, que la Vírgen nos asiste y favorece*, y como habia quien se dedicaba en distribuir estampas de nuestra señora del Pilar, que todos colocáron sobre sus sombreros. La serenidad con que semejantes heroinas se presentáron enmedio del fuego, tomando algunas la mecha, y aun tizones en su defecto, haciendo las veces de los artilleros. fué un incentivo que acabó de acalorar los ánimos irritados; y redoblándose la energía comun, se siguió con igual vigor la defensa. Los enemigos, desesperados, iban de puerta en puerta sin saber donde asestarse, ni qué hacerse. A la manera de los rebaños de ovejas, que á las veces se agrupan, y no pudiendo romper via recta los guiones, no hacen sino formar un círculo, y dar incesantes vueltas alrededor; del mismo modo se veia á las tropas enemigas apiñarse, y vacilantes, permanecer agitadas en la incer-

tidumbre. Observan en torno suyo los cadáveres hacinados, y un sin fin que espirantes van á aumentar el número de las víctimas: su orgullo no puede tolerar los testigos de su vencimiento, y miéntras los crueles se complacen en hacer dar á muchos el último suspiro, los ambiciosos llevan tras sí los muertos para despojarlos, y ocultar así mejor sus pérdidas. No cesaban de atacar los batallones á las puertas, precedidos de gefes, que con su oficialidad y algunos soldados de á caballo se presentáron á su frente enarbolando las banderas, y haciendo resonar con bronca voz el nombre del destructor comun, poniéndoles á la vista las águilas imperiales, y quanto creyéron apropósito para enardecerlos. Ya se aproxîman con fiero continente y ánimo resuelto: en su semblante se descubre cierto aire de satisfaccion, pues las legiones francesas tienen la necia vanidad de apellidarse invencibles: creen que les precede la victoria, y que para conse-

guirla no necesitan sino presentarse en el campo de batalla. ¡Que! dicen, á unos cañones aislados, con unos artilleros indefensos, y algunos labradores, debemos mirarlos como un juguete: y con esto se abalanzan las nuevas huestes, y á carrera tendida se ponen los caballos sobre el mismo cañon; pero este rompe felizmente el fuego, y por su boca salen mil muertes á la vez que confunden su loca osadía. Entrométense los muchachos por la inmensa mortandad, y uno logra arrancar una bandera. Parte veloz por todo el pueblo exclamando: viva la Vírgen del Pilar; y este precursor del triunfo hizo derramar lágrimas sin fin á las piadosas mugeres, que por las calles y balcones estaban agitadas, aunque llenas de confianza en María, y prevenidas con cal, piedras y hierros para hacer la mas vigorosa defensa. Ya resuenan los vivas por todas partes, quando se percibe de nuevo jugar con mas calor que nunca la artillería: óyese un fue-

go graneado que sorprehende, y á la conmócion se sucede el mas profundo silencio. Al ver semejante empeño, los pusilánimes creyéron cierta su perdicion, y titubeáron; pero los heróicos defensores cobráron mas y mas denuedo, y repeliendo sus embestidas, llenáron el campo de cadáveres en disposicion de cortar el paso al enemigo. Siguió no obstante la pelea con indecible entusiasmo por una y otra parte, y nuestros paisanos, reforzados con una pequeña porcion de voluntarios del regimiento de Aragon, dignos de todo elogio, se competian á porfia, ansiosos de morir por la mas justa causa, teniéndose por felices los que espiraban enmedio del combate. Cada uno parecia un leon fiero quando ve aproxîmarse al cazador que quiere quitarle sus leoncillos. La idea de que defendian sus esposas, sus hijos y sus hogares los hacia centellear y vibrar rayos; y al acordarse que su religion peligraba: que iban á perder su libertad; y que de esto depen-

dia el recuperar á su soberano, quisieran tener todos el fuego del Etna para abrasar á tan viles opresores. Retemblaba la tierra con la caida de estos miserables, cuyo sitio era ocupado por otros, y otros que en breve caian como los copos de nieve, siguiendo la misma suerte los que los reemplazaban. A las siete de la tarde duraba la pelea con el mismo conato que al principio: las tropas enemigas apuraban los resortes de su táctica: ya recorrian las puertas en peloton, ya en hileras, replegándose, y extendiéndose á su arbitrio; pero en todas sus evoluciones sufrian considerable menoscabo; y al paso que sus tiros no producian daño mayor por su alta puntería, los nuestros sembraban el horror y la muerte por medio de sus filas. Era inmenso el polvo y humo que rodeaba la atmósfera de esta capital, y el funesto estampido del vivo cañoneo, á par de la gritería y ayes de los moribundos, ofrecian la escena mas patética y triste que pue-

de concebirse. Nada inmutaba á los valientes defensores : obraban todos con tal acierto y destreza qual pudieran hacerlo los exércitos mas aguerridos ; y destrozando quanto se les ponia delante, se sonreian de placer enmedio de tan duras fatigas. Mordíanse los gefes enemigos los puños, poseidos de cólera, al ver que una porcion de campesinos, con unos míseros cañones, sin gefes ni órden, impedian el paso al innumerable exército, y se lo impedian teniendo las puertas abiertas, que era mas vergonzoso. Su confusion los abatia, pero su orgullo los alucinaba, y así tratáron de hacer el último esfuerzo. Morir ó vencer es la órden que se repite, y va de boca en boca: el clarin da la señal, y entre este, y lanzarse furiosos, no hai intervalo; pero la mano oculta, que velaba por nosotros, hizo con admiracion general que se les viese retroceder trémulos, ateridos y dispuestos á una precipitada fuga. Un grito universal reconoció á la protec-

tora, que tan visiblemente se mostraba propicia, y nadie dudó ya un punto de la victoria. La muerte carnívora se cebaba de cada vez mas en la muchedumbre enemiga, y ya por último se divisaban un sin número de cuerpos exânimes que cubrian toda la campiña. La noche sola puso término á un combate tan reñido y obstinado, y á las ocho, prevalidos de las tinieblas, se retiráron despues de un ataque de cerca de nueve horas consecutivas, arrastrando en su retirada todos los cadáveres que les fué posible con el mas refinado artificio. Voláron las almas piadosas á tributar las mas rendidas gracias á María, y los muchachos y mugeres presentáron hasta seis banderas, que lleváron en triunfo por todas partes, al paso que otros iban mostrando sus trofeos, que todos miraban con admiracion, dando vueltas á los morriones y sables, que con otros mil pertrechos se tomáron. Ilumináronse las fachadas de las casas, y muchos vecinos honra-

dos se dirigiéron á llevar á los artilleros y defensores la vitualla y refresco necesario para que recuperasen sus fuerzas.

Así terminó el dia 15 de junio, dia glorioso que dará lustre eternamente á Zaragoza, y pondrá á sus habitantes á la par de los héroes mas célebres de la antigüedad. Las espartanas quedan muy atras con nuestras heroinas, que supiéron arrostrar los mayores peligros, y la misma muerte, por socorrer en lo mas crítico de la accion á los ínclitos defensores, que envueltos en sangre y polvo arrollaban las tropas enemigas. La historia no presenta un quadro semejante. Una ciudad que no tiene por muros sino unos débiles tapiales, las puertas abiertas, sin tropas, ni auxîlios; en una palabra, indefensa, sorprehendida por los sucesos de los dias anteriores, dispersa la mayor parte de sus ciudadanos, impedir la entrada á un exército de diez á catorce mil hombres

aguerridos, y acostumbrados á vencer, será el pasmo y asombro de los siglos venideros. Seguramente los acontecimientos mas célebres no tienen comparacion con los de aquel dia. Mas de mil muertos, innumerables heridos, varios prisioneros, cañones, banderas, caballos y un rico botin fué el resultado de suceso tan singular; al paso que nuestra pérdida fué mui limitada, y apénas conocida respectivamente, quedando todos absortos de ver tan á las claras la decidida proteccion del cielo. [1]

Apénas se cerró la noche, quando léjos de pensar en el reposo, se trató de pertrechar los puntos lo mejor

1 En el anuncio que se dió al público del resultado del dia 15 se repuró por setecientos muertos la pérdida del enemigo; pero fué mucho mayor, y segun buenos cálculos pasáron de mil y quatrocientos, pues en el puente llamado de la Muela se les hizo frente, deteniéndoles el paso nuestros cañones y gente por tres ó quatro horas, en donde tuviéron ya una pérdida mui grande. No es de extrañar esto si se atiende á que

posible, no cesando de deshacer hierros para metralla, y tomar otras precauciones por lo que pudiese ocurrir.

Al amanecer se divisó acampado el exército enemigo en quatro divisiones á una hora de distancia, inmediato al puente llamado de la Muela, y se creyó se prevenia para un nuevo ataque. Las grandes ventajas que les proporcionaba su numeroso exército, no obstante la derrota que habia padecido, nos persuadian de que no perderia momento; pero el terror se apoderó de su ánimo, y aquel dia, sin duda, lo empleáron en contemplar despacio su descalabro y ruina. Ni en aquel ni en los inme-

despues del dia 15 nadie salió por dichos caminos, y que su artificio era extremado en ocultar los cadáveres con la mayor precipitacion. En aquel dia debió ser extraordinario el número de heridos, y todavía se hiciéron treinta prisioneros, y muchos que se pasáron á nuestras banderas. Se les cogiéron seis banderas, seis cañones de batallon, caxas de guerra, caballos, armas y fornituras.

diatos se observó de su parte el mas mínimo movimiento : tal fué el espanto que les infundiéron las puertas de Zaragoza. Viendo su inaccion, se trató por algunos zelosos patricios de extraer mucha artillería que habia en el castillo, formar trincheras, abrir fosos, y tronchar muchos árboles. Hiciéronse parapetos, se fortificáron con cañones muchos puntos que estaban indefensos, y en fin, se tomáron las medidas que se creyéron mas oportunas. El enemigo proseguia guardando la misma posicion, aunque de quando en quando se aproxïmaba á hacer pequeñas escaramuzas; pero observando resistencia, se retiraba lüego á su campamento. En este intermedio parte de sus tropas hacia varias correrías por las inmediaciones, saqueando, incendiando, y cometiendo toda clase de excesos. Así es que el monasterio de Santa Fe no solo fué robado y entregado á las llamas, sino que el abad y algunos de sus monges pereciéron á manos de

tan viles asesinos. Los pueblos de Quarte, Cadrete, María y otros sufriéron iguales insultos, complaciéndose en esparcir la desolacion por las inmediaciones de esta capital. Sorprehendia ciertamente el ver la calma del enemigo, la qual no dexó de sernos favorable, porque de cada dia se reunian soldados, artilleros y tropas extraviadas, que huyendo de la tiranía con que el enemigo de la humanidad queria subyugarlos, venian ansiosos de contribuir á la defensa de este pais.

Tomáron con efecto otro aspecto nuestras baterías y demas fortificaciones; y el marques de Lazán, junto con su hermano D. Francisco, á quienes habia reunido en esta la Providencia, libertándolos de los mayores riesgos, no perdian ocasion de proporcionar todos los medios posibles para evitar nuevas invasiones: por lo que quando el enemigo quiso aproxîmarse, siempre encontró la mas firme y heroica resistencia. Ocho dias se habian

pasado sin que lograse, á pesar de sus esfuerzos para sobrecogernos, atacando á horas desusadas, la mas mínima ventaja; quando se le vió maniobrar con mucha intension en el punto de la torre, llamada de la Bernardona, que se halla inmediata al castillo. Entretanto se tomaban por nuestra parte las mas activas y serias providencias: trasladóse la pólvora de los almacenes de Torrero á esta ciudad, y se fortificó aquel punto interesante, al qual no se habia aproxîmado aun el enemigo, temeroso sin duda de alguna sorpresa; y por último, se expidiéron varios comisionados á Lérida y otras partes para conducir artillería de grueso calibre, morteros, granadas, bombas y demas necesario.

Todo ofrecia un aspecto el mas ventajoso, quando una suerte aciaga hace que al tiempo de estar cargando unos carros de pólvora en el seminario de S. Valero y S. Braulio, donde, como en otros parages, se habia

colocado una buena porcion, se prendiese fuego, y causase la mas horrenda explosion que puede concebirse. El dia 27 de junio á las tres de la tarde tembláron todos los edificios, y creyéron los habitantes que iban á ser sepultados en sus ruinas. Ni el trueno mas estrepitoso, ni el ruido de cien cañones disparados á la par es comparable con el que se percibió. El estremecimiento fué universal: llenóse todo de un humo denso que obscureció la atmósfera: las gentes saliéron de sus casas llenas de pavor; y sin poder romper el llanto, pálidos y confusos, no sabian adonde dirigirse. Tiéndese la noticia de lo que habia ocasionado el estruendo, y al punto se dirigen al sitio: pero ¡ qual fué la admiracion y horror que se apoderó de los espectadores al ver todo el Seminario Conciliar, que ocupa bastante extension por una parte, y mas de diez y seis casas por otra, todo derruido y hecho escombros! Los ayes, de los que pedian socorro de

entre las ruinas, arrancó lágrimas de dolor á los corazones de los sensibles zaragozanos, que todavía con su zelo y actividad pudiéron rescatar á algunos infelices. Toda la plaza de la Magdalena, y muchos edificios en torno de aquel sitio padeciéron sobremanera, y en la actualidad presentan el quadro mas lastimoso. Al punto que el enemigo observó la explosion, se puso en movimiento: y no pudiendo quedarle duda de que se habia volado algun repuesto de pólvora, intentó aprovecharse de aquellos instantes, suponiendo que la consternacion se habria apoderado de todos, y que desamparadas las puertas tendria el paso expedito; pero luego que se aproxîmó, la artillería hizo su deber, y pagáron su cruel y desapiadado proyecto, regando la arena con su sangre. Al dia siguiente, no solo atacáron, sino que se propusiéron ganar á Torrero; y aunque se hizo alguna resistencia, que les ocasionó muchas pérdidas, por fin la in-

triga mas que el valor posesionó al enemigo de tan importantes alturas. Desde luego se les vió formar en ellas, y torre de la Bernardona, baterías, que por mas que se procuró incomodarles, perfeccionáron á su placer. A esta sazon Palafox, que con incesantes desvelos trabajaba por redimir á su patria, á quien veia afligida, y hecha el blanco del furor, habia reunido mucha parte de las compañías formadas de los primeros tercios, con otras de línea, y alguna porcion de caballería que se les habian agregado. Su objeto, al parecer, era llamar la atencion del enemigo, pero este se desentendió, prosiguiendo en fortificarse, é invadiendo al mismo tiempo los pueblos, en donde exîgian quanto les sugeria su antojo, cometiendo todo género de maldades. Noticioso de esto S. E. les salió al encuentro por las inmediaciones de la villa de Epila, y sin embargo de que sus fuerzas eran muy inferiores, trabó choque en dicho pueblo con los contrarios,

haciéndoles sufrir una pérdida de bastante consideracion. El número de tropas, aunque en corto número, que se habia unido en esta capital, aumentada con algunos individuos del regimiento de Extremadura, la colocacion de la artillería en varios puntos, y la llegada de algunos artilleros é ingenieros, que nos deparó la mas feliz suerte, nos puso en el mejor estado de defensa; y nuestras puertas, aunque endebles, llegáron á ser inexpugnables.[1] El teson de los que las custodiaban, la vigilancia y armonía que reinaba en ellas, en medio del desórden que es indispensable quando falta todo, y se crean las cosas de nuevo: todo persuadia que iba

1 Para organizar las tropas, y establecer mejor el órden se dispuso el 26 de junio prestasen juramento todos los oficiales y soldados alistados, y los que voluntariamente habian tomado las armas. Este acto se hizo con la mayor solemnidad y aparato militar; y habiendo recorrido las puertas y parages mas públicos, en cada sitio se hizo en alta voz el juramento siguiente: "¿Jurais, va-

en breve á llegar el momento en que los enemigos, desconfiando de la empresa, llegarian á abandonarla; pero bien presto se vió lo contrario, y se experimentáron los frutos de sus dilatadas tareas. Al terminar el dia 30, dadas las doce de la noche, empezáron á bombardear la ciudad desde la batería de Torrero y de la de la Bernardona, abrazando ámbos extremos para aniquilarla enteramente. Las primeras granadas que despidiéron de Torrero, por su alta direccion fuéron á sepultarse en la corriente del rio Ebro, y su caida levantó surtidores de agua á una altura increible. En seguida debilitáron su impulso, y entónces se abriéron algunas cami-

»lientes y leales soldados de Aragon, el de»fender vuestra santa religion, á vuestro rei, »sin consentir jamas el yugo del infame go»bierno frances, ni abandonar á vuestros »gefes y esta bandera protegida por la san»tísima Vírgen del Pilar vuestra patrona?" Todos á una voz respondiéron con un ardor y entusiasmo inexplicable: "Sí jura»mos."

no por las bóvedas de la parte superior del templo de nuestra señora del Pilar de la fábrica antigua. No cesaban un punto ámbas baterias, y ya de una, ya de otra se veian romper las granadas reales y bombas, como globos de fuego, hiriendo el aire con un tremendo silvido. Derruíanse los edificios, y á media noche se viéron caminar infinitas familias por las calles, que ignorantes del partido que debian abrazar, escogiéron salirse por el puente de Piedra á la campiña. El estrépito que ocasionaban al salir de los morteros, el de su explosion, y la ruina de los caseríos causaban un ruido sordo continuado, que con el silencio nocturno acrecentaba el comun espanto. Las madres trémulas llevaban azoradas á sus hijuelos, ya de la mano, ya en su regazo, esperando el momento en que la muerte, que volaba en torno de Zaragoza, se los arrebatase impiamente desprendiéndose sobre sus cabezas. Tuviéron todos que abandonar sus lechos, y

eran tantas las bombas y granadas que despedian, que en breve la parroquia de S. Pablo, y todo lo que mira á aquella parte, como el resto de la ciudad, por lo respectivo á la frente de Torrero, se vió envuelto en humo denso, y polvo, y de trecho en trecho los tristes escombros de la desolacion. Amaneció aquel dia lúgubre, y los naturales miráron con rostro sereno y ánimo heroico el vil atentado del enemigo. Acudiéron recíprocamente al socorro de sus hermanos, y á enxugar las lágrimas de los infelices á quienes cabia la suerte de experimentar la cruel explosion. Continuaba el bombardeo con tanta actividad que no dexaba respirar los corazones; pues en un quarto de hora se sentia quatro veces el funesto estampido, y en el término de veinte y ocho horas expidiéron mil quatrocientas bombas y granadas, segun los partes que se diéron por el vigia, situado en la atalaya de la Torre Nueva para observar todos los movimientos y o-

peraciones del enemigo.

No hai fuerzas para describir momentos tan funestos. De entre los medios excogitados por los pérfidos conquistadores, ninguno comparable al de extinguir las poblaciones por un medio tan baxo; asesinando á sangre fria al miserable, que pacífico en su hogar, suda para satisfacer por fin los caprichos de un soberbio. El pobre colono, despues de no cerrar los ojos en muchas noches, y de haber hecho frente á los mayores peligros peleando sin cesar, vió derruida su casilla, y su familia abandonada, y respetó con religiosa mansedumbre la mano poderosa, sin derramar una lágrima. En aquel dia se experimentáron bien los desastres que la cruel guerra ocasiona; y la ferocidad del enemigo llegó á tal extremo, que en el acto del bombardeo atacó las puertas, é hizo los mayores esfuerzos para abrirse un camino: pero quedáron frustrados sus intentos, porque el espíritu de los za-

ragozanos excedió entónces al de los mayores héroes que se han conocido. Léjos de abandonar los puntos, se mantuviéron en ellos luchando con firmeza y entusiasmo; y tanto los paisanos como la poca tropa, oficialidad y gefes desempeñáron altamente sus deberes. Si en el dia 15 brilló la proteccion de nuestra Vírgen del Pilar, y todos reconociéron que fué el éxito una maravilla; en el acto del bombardeo desplegó su patrocinio para gloria de Zaragoza, y confusion de los sectarios del monstruo que habia jurado reducirla á cenizas. No ha habido uno de entre los oficiales y soldados veteranos que presenciáron lo ocurrido, que no confiese que con el bombardeo habia para haber hecho polvo, no esta ciudad, que por su caserío antiguo y posicion ofrecia ménos resistencia, sino la fortaleza mas famosa; y sin embargo, aunque es verdad que los edificios padeciéron bastante, las desgracias han sido de mui corta con-

sideracion. Por todas partes se oia decir : *En mi casa ha caido la bomba* : *estábamos varios reunidos y ha reventado á nuestra presencia*, *sin hacer daño alguno* : *cosa increible* : *milagro de María. Aquí estan estos angelitos*, exclamaba una madre, *que solo Dios los ha hecho salvos*; *pues habiéndose caido á peso mi casa*, *únicamente se ha sostenido la pared donde estaba la cuna del uno y la silla del otro* : *yo misma he sido envuelta en las ruinas*; *pero me hallo sin lesion.* Donde quiera resonaban las expresiones de portento, maravilla, prodigio, pues fuéron innumerables los que se experimentáron generalmente. Retiráronse los habitantes llegada la noche á aquellos asilos que se hallaban inmunes, esperando el momento en que se desprendiese el fuego sobre ellos, pues de cada vez parecia el ruido mas horrible. Una hora ántes de amanecer el dia 2 de julio quedó todo en el mayor silencio; pero al rayar el alba el enemigo se pre-

para con ligereza, reune sus tropas, destaca á varias partes su caballería, forma sus columnas, los soldados van de una parte á otra como enxambre de abejas, pero con la mayor quietud y uniformidad. Su objeto es sorprehender nuestras baterías. El terror, dicen entre sí, ha debido apoderarse de todos los ánimos: al presente, que se hallan consternados, será fácil la entrada, y seguro el triunfo. Parte cada division de exército á su respectiva puerta; y con una igualdad sorprehendente, próxîmos á ellas, rompen el fuego con una execucion extraordinaria. Se les correspondió al momento qual merecian. Nuestros cañones y fusilería repiten sus tiros con una celeridad increible: no es mas executivo el rayo. La metralla arroja centenares de enemigos á tierra, despues de haberlos supendido en el aire, como el viento á una leve arista. Nuestros artilleros, dignos de los mayores elogios, trabajaban sobre sus fuerzas;

y viendo el estrago general que hacian, activaban mas y mas sus tareas. Ya se veian correr arroyos de sangre, que hollaban los infinitos que se ponian delante para con la suya acrecentar su corriente. Lográbanlo á placer, porque el furor bélico sentado en su carro fatal, rodeado del estrago y la muerte, asestaba sus miradas sobre las falanges enemigas, y se complacia en extinguirlas, como se extingue la luz al mas leve soplo. Muchos fuéron los que midiéron con su cuerpo el campo en las doce horas que duró el combate, muchos los que le abandonáron heridos y estropeados, volviendo la espalda, y guareciéndose en sus barracas y campamento.[1] Retiráronse nuestros pai-

1 En esta época no quedó pueblo en toda la comarca que no sufriese las mayores vejaciones; aunque tambien los franceses halláron el justo pago que merecian, pues siempre que los naturales podian medir sus fuerzas con ellos, los hacian perecer á sus manos, cuyo plausible atrevimiento

sanos cubiertos de gloria, y cargados con mil despojos de fusiles, caxas y mochilas, en las quales no solo halláron varias riquezas, sino tambien candeleros, patenas, y hasta un manto, que al momento se puso á la Vígen del Portillo, llevando las demas alhajas á la iglesia del Pilar para que se empleasen en el culto divi-

hará honor eternamente á los aragoneses, que han vengado tales insultos, sabiendo que sus pueblos podian ser reducidos á ceniza, y todos ellos víctimas del furor enemigo. Posteriormente á lo ocurrido en la villa de Epila, se encamináron á Calatayud, en cuya ciudad no permaneciéron medio dia; pues habiendo recibido órden, de resultas de las pérdidas que experimentáron en los choques del 1 y 2 de julio, partiéron con precipitacion; llevándose unicamente toda la pólvora que pudiéron haber á las manos. Tambien fuéron, pasados unos dias, en número de novecientos entre caballería é infantería, á Villafeliche, con ánimo de arruinar los molinos de pólvora; pero la porcion de nuestros tercios, en número de mil y seiscientos que habia, los dispersáron, dexándose entre muertos, heridos y prisioneros mas de quatrocientos.

no. Con igual exâctitud presentáron las armas y pertrechos á S. E., que la tarde anterior se habia restituido para consuelo de sus compatriotas, despues de haber hecho gestiones muy interesantes para apresurar el momento de poder extinguir tan viles enemigos. Su satisfaccion fué extremada al ver como los hijos de Zaragoza conseguian cada dia y cada momento una victoria; y que siempre constantes é infatigables, estaban ansiosos de derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rei. Su presencia halagüeña vivificó los corazones, y sus palabras consoladoras explayáron los ánimos, que enmedio de tanta opresion se mantuviéron impertérritos. Corria veloz de sitio en sitio, de batería en batería, mirando con afecto paternal á sus defensores, aplaudiendo la destreza de la muger de un artillero, que en la puerta del Portillo desempeñaba sus funciones, dando fuego al cañon de á veinte y quatro, reforzado, con una soltura

encantadora; distribuyendo premios, providenciando lo necesario, y no perdonando ningun medio ni fatiga para sostener la defensa de esta capital.[1] Sus desvelos manifestaban bien

1 Ya mui desde el principio se expidió una órden del tenor siguiente.

"A los leales habitantes de Zaragoza y »á las tropas que la defienden. = Nada és »preferible á la defensa de nuestra santa »religion, del rei y de la patria, y na»die es mas acreedor á los beneficios de esta »patria que aquellos que en circunstancias »críticas como las presentes se presten vo»luntariamente á su defensa. En conseqüen»cia el excelentísimo señor Capitan general »y la suprema Junta de gobierno del rei»no han resuelto, que si algunos de los que »hicieren una salida para derrotar á los fran»ceses y salvar la patria muriese en la ac»cion, se socorra á sus viudas é hijos con »una suma en dinero para que no queden »desamparados, y que se tenga toda con»sideracion, y premie á los oficiales y sol»dados que se distingan: al paso que se de»gradará y castigará á los que no hagan su »deber. El General y la Junta esperan que »unidos á la tropa los valerosos habitantes »de esta capital, y procediendo con toda »armonía, se logrará un completo triunfo

quanto interes tomaba por salvarnos, y quanto padecia su corazon considerando los males que ocasionaban los iniquos, que no podian destruirse tan pronto como deseaba.

Viendo el enemigo que nuestras puertas eran inexpugnables, procuró aproxîmarse á varios puntos; y despues de muchas pérdidas, logró situarse en los conventos de Capuchinos y de S. Josef, inmediatos á las puertas medio tiro de fusil. La proxîmidad les hizo concebir el plan de ver si lograban mejor éxîto dando un ataque cerrada la noche. Comunícase el proyecto, y todos le reciben con algazara, pues amantes de la obscuridad, se lisonjeaban sorprehender las

"contra el enemigo." En el dia se socorre á las viudas que han acreditado haber fallecido sus maridos en defensa de esta ciudad, atendidas las graves urgencias del dia, con dos reales vellon por el gobierno, y el ilustre Cabildo con uno mas, sin perjuicio de alargar mayor cantidad segun las circunstancias de la persona.

baterías, por quanto podian maniobrar con todo artificio, que es la única ciencia que poseen en grado sublime. Dada la norma, el 17 de julio á las nueve de la noche se dirigen desde Capuchinos á la puerta del Carmen, inclinados con el mayor sigilo, para procurar ponerse así baxo tiro de cañon. A la manera de los facinerosos, que vagando por lo mas áspero y enmarañado, van siempre de acecho rastreando como las serpientes: así los vencedores de Eilan iban agachados ganando terreno, y caminando con la mayor lentitud. Obsérvanlo los artilleros, y sin moverse, guardan el mayor silencio. Todo les persuade á los contrarios que el sueño se ha apoderado de ellos; y rebosando de contento, avanzan con intrepidez. Ya se figuran que asaltan la batería; que se han apoderado de ella, y que tocan el término á sus afanes, quando el fuego rompe, y les hace dar á todos de buces, estrellándose, mal su grado, contra la

tierra. Creyéron los pocos que quedáron con vida que el daño no sería grande; pero viéron cerrado el paso por los cadáveres; y quando quisiéron volver en sí, ya la segunda descarga, y la fusilería que obraba con indecible destreza, les impidió pasar adelante, y quedáron yertos infinitos en todo aquel trecho. Escarmentados de este modo, se retiráron á la media hora, y permaneciéron tranquilos hasta media noche, en que con mas furia intentáron un nuevo ataque por las puertas de Santa Engracia, Carmen, Portillo y Sancho; pero en todas halláron la mas firme resistencia, costándoles á buen precio la tentativa nocturna y el hacer de quadrúpedos. Terminados ámbos ataques, se les vió salir con varias linternas á recoger los muertos, para que al amanecer no se viesen los testigos del triunfo conseguido, y tambien por saciar su codicia. La escasa luz de las linternillas llamó la atencion de algunos, que felizmente

las extinguiéron junto con la vida de los que las conducian; por manera que al amanecer se hiciéron los nuestros con ellas y algunas caxas y fusiles. El mal éxîto del nuevo invento parecia debia contenerlos: pero como Zaragoza debia tomarse á toda costa, aunque se sacrificase la Francia, siguiéron en las noches sucesivas aparentando ataques falsos con varias estratagemas, para despues hacerlos con todo vigor; de modo que á las once, á las doce y á las dos por distintas veces se sintió el funesto sonido de la campana de la Torre Nueva, y se experimentáron todos los horrores que lleva consigo el estruendo á horas destinadas para la tranquilidad de los mortales. Por dos veces se empeñáron dichas noches en asaltar el convento de Trinitarios, y por dos veces se dió el pago merecido á su osadía, haciendo baxar muchas almas al profundo Tártaro á esperar la metempsícosis para mejorar de fortuna. Por último, tratáron de hacerse fuer-

tes; y aunque se les desalojó por el pronto de Capuchinos y San Josef, arruinando los edificios con las bombas y bala rasa, volviéron á rehacerse; pero nuestras fuerzas inferiores no podian contrarestar las suyas, y mucho ménos estando resguardados de los edificios, torres y tapias, que por desgracia abundan tanto alrededor.

Logradas estas ventajas se propusiéron pasar el Ebro para sitiarnos, habiendo tanteado el vado, en cuyas operaciones pereciéron muchos de sus atrevidos de caballería. Lo consiguiéron al cabo, y con una maravillosa prontitud fabricáron un sólido y anchuroso puente para facilitarse el paso. Por fortuna la primera division de caballos que vadeó el Ebro se dirigió huyendo de los tiros de nuestra batería, colocada en las alturas de Juslibol y Torre de Ezmir, hácia Villamayor, Zuera y otros pueblos, con lo que nos diéron lugar para fortificar las entradas del arrabal,

que estaba del todo indefenso. Pusiéronse sobre la marcha tres baterías, una á la parte de los tejares, otra en el rastro de los Clérigos, y la tercera en S. Lázaro. Nuestros labradores rechazáron por varias veces á la infantería en el campo de Ranillas, inmediato al sitio del puente fabricado, haciéndoles conocer lo que es el verdadero valor; pues llegáron á rodear á mas de quatrocientos, siendo ellos muchos ménos; pero como sin saber por donde amanecian de improviso legiones enteras, les fué preciso ceder al torrente impetuoso de la fuerza, y retirarse con precaucion. Desplegáronse los viles á semejanza de un grande rio, que traspasando sus linderos, inunda los valles y las selvas, y al punto se les vió dirigirse á Juslibol, y luego trepar á ocupar los molinos, destrozándolos, incendiándolos, y causando los mayores estragos. Con igual rapidez se apoderáron del puente de Gállego, al que diéron fuego, y en un momento nos vi-

mos rodeados de humo, cortada toda comunicacion, ardiendo las mieses en los campos, y sufriendo sin cesar choques á las puertas.

Al paso que nosotros careciamos de auxîlios, el enemigo recibia incesantes socorros, ya de tropas selectas en número mui considerable, ya de pertrechos y municiones.[1] Veíase trabajar de dia y de noche á un sin número de gentes que los franceses habian arrancado del seno de sus familias, en pago de la amistad que les juráron para conseguir un buen acogimiento; y todos en expectacion conociamos en lo interior lo mucho que nos quedaba que temer. Aunque por no ser esta una ciudad murada, no

1 Los refuerzos eran continuos, y los pueblos por donde transitaban se estremecian solamente de ver los comboyes tan disformes que les remitian de bombas, granadas, pólvora, pertrechos, juntamente con los trenes terribles de artillería. Pasan de seis mil hombres de tropa la mas escogida los que viniéron en varias veces á reponer su exército.

era un sitio formal el que se nos hacia; con todo, situados en los sitios mas importantes, nos impedian el paso á los comestibles, y era indispensable, con mucho rodeo y riesgo, remitir las órdenes y pliegos, que nunca era mas importante hacer saber que en aquella crítica ocasion. A pesar de que por el gobierno se tomáron de antemano las precauciones mas eficaces, moliendo mucho trigo, y procurando otros abastos de primera necesidad; no obstante, como el consumo era tan extraordinario, fué preciso reunir la harina del vecindario, amasándose pan de municion, que hasta los sugetos mas bien acomodados comiéron con sumo gusto. Se estaban esperando de dia en dia las tropas auxîliares, que de todas partes venian para nuestra defensa; pero los paisanos y militares, llevados de su intrepidez, y sin aguardar su llegada, salen el dia 29 de julio con ánimo de batirse en campo abierto. No les contiene ni la diversidad de fuerzas, ni

la multitud de su caballería: reunido el esquadron de cazadores de Fernando VII, compuesto por el pronto de cincuenta plazas, otro de igual número del cuerpo de reserva, treinta voluntarios, y de quatrocientos á quinientos paisanos armados, embisten osadamente al enemigo. Este por el pronto empieza á retirarse hácia el rio Gállego, en cuyas inmediaciones se hallaban emboscados mas de quinientos hombres, y cien caballos. Atácanlos en su retirada; pero habiendo notado que por las alturas de Juslibol y S. Gregorio se dirigian dos columnas bastante numerosas de infantería y caballería á cortarles el flanco, fué preciso abandonar la idea, y dividir nuestras pocas fuerzas para hacerles frente. Antes de que se aproxîmasen las grandes columnas ya se habian recuperado los molinos; y apénas rompió el fuego á su llegada, quando empezáron á experimentar la seguridad y firmeza de las descargas, que cada vez eran mas terribles; pues

entusiasmados los nuestros, avanzaban despreciando todo riesgo. Parecia invulnerable nuestra gente, al paso que la sangre enemiga se empapaba en la arena, y que se veian esparcidos aquí y acullá los miembros mutilados de los inexpugnables franceses, que todavía palpitantes mostraban querer huir el furor que las armas españolas difundian por todo el campo de batalla. Quién abandonaba el fusil; quién se ocultaba en los sembrados; los unos dirigian sus tiros á la ventura, los otros rechinando de ira los dientes, hacian resistencia; pero en breve quedaba extinguida su insensata cólera, y espiraban sin tener mas lugar que para maldecir á su emperador que tantos males les acarreaba. Al ver su caballería semejante destreza, y que se hollaban las águilas imperiales, esparcidos por el suelo los morriones y penachos de los gigantes, llegó á gran galope, y se aproximó á medio tiro de pistola de la nuestra, que parmenecia oculta entre la arbo-

leda del camino. No bien los viéron los nuestros quando arrojándose sobre ellos como tigres hambrientos, enristrando sus lanzas, les acometen con un valor que no puede explicarse lo bastante. Caen caballos y caballeros revolcándose en su sangre fétida y malvada, y muerden la tierra, mal que les pese, sin tener el consuelo de volver ya mas á mirar la luz. A pocos instantes nuestro insigne esquadron de Fernando VII, pareciéndole que tardaba demasiado en extinguir á sus contrarios, hace sonar el clarin, y apénas oyéron el toque de degüello, quando perdido el tino, y atropellándose unos á otros, huyen vergonzosamente á carrera tendida hasta sus trincheras: lo mismo hizo la infantería, refugiándose á las torres y tapias que hai mas allá del convento de capuchinos de Cogullada, de donde fuéron desalojados y perseguidos á bastante distancia, haciéndoles abandonar algunos bagages cargados de municiones de boca y guer-

ra, fusiles, mochilas, y algunos caxones de cartuchos.

Esta expedicion merece colocarse sobre las mas decantadas; pues con tan poca gente se derrotó y ahuyentó la infinita que tenia el enemigo, no pereciendo de los nuestros mas que un voluntario de Aragon con algunos quatro heridos. Las proezas que hiciéron los labradores unidos con tan corto número de soldados en aquel dia son sobre toda ponderacion, y exceden aun á la idea que se tiene del valor, pues su intrepidez fué la mas plausible, y la que les proporcionó tan lisonjera victoria.

No bien amaneció el dia siguiente, quando viéndose los franceses cubiertos de ignominia, juráron la venganza mas atroz, y despechados se desprenden como los peñascos impelidos desde las alturas sobre nuestras avanzadas. Incorpóranse los nuestros, y casi sin entrar en accion consiguen hacerles rotreceder largo trecho; pero como llegase á la sazon un esqua-

dron de caballería del cuerpo de reserva de S. E. los ostigáron de tal suerte, que causáron en ellos un gran destrozo, haciéndoles varios prisioneros, y tomándoles muchos fusiles, mochilas y otros efectos. Ya creian terminado el combate, quando observan que por las alturas de Juslibol y S. Gregorio baxaban dos columnas como de unos seiscientos hombres cada una con un esquadron de caballería á su retaguardia, y otra que se emboscaba por la parte de Gállego para tomarles el flanco derecho. Llegadas que son, acometen á un tiempo, y fué preciso no hacer frente á tanta fuerza, y retirarse hasta la torre del Arzobispo, desde cuyo sitio se sostuvo un fuego vivo á distancia de medio tiro de fusil; hasta que llegando una compañía de refuerzo del regimiento de Extremadura, y la artillería volante, cargáron todos con el mayor denuedo sobre los enemigos. Confiados estos en sus extraordinarias fuerzas, resisten el primer ímpetu,

que no dexó de hacerles titubear; pero al segundo se viéron ya precisados á sucumbrir. A la manera que un roble de cien años es agitado por un violento uracan, que á la primera sacudida se bambalea, pero luego lo arranca de raiz, y es juguete y ludibrio del tremendo resoplido; así las columnas de los vencedores de Austerliz flaqueáron y pereciéron, á pesar de su arrogancia y fanfarronería. Empéñase la accion de cada vez mas. Ya se ve rehacerse á los contrarios, que empezaban á dispersarse; ya se apiñan y multiplican sus disparos con la mas sorprehendente actividad; pero el fuego de la artillería volante rompe con el mayor acierto, y vuelan á gran distancia los que parecian de mármol para defender su puesto. Caen las filas una sobre otra, y los moribundos se contemplan entre sí con todo el rencor de la desesperacion, baxando precipitadamente á los abismos. Sucédenlos nuevos combatientes, hollando los últimos ayes de sus com-

pañeros: ya ocupan su sitio deseosos de vengarlos; pero la metralla que descarga sobre ellos, les quita ese cuidado, y ántes de oir el estruendo del cañon se ven despavoridos junto á los demas cadáveres. El general de division que los mandaba, brotando corage, enarbola su luciente espada, trepa por medio de los soldados, y les recuerda figurados triunfos. Bien oyen sus arengas; pero sienten mejor sus daños, y solo la dura necesidad los precisa á sostener el choque. Pónese el general á su frente para mejor animarlos, y al dar el primer paso, es traspasado por una bala que lo dexó yerto, como tambien al oficial que le acompañaba. Conmovióse la tierra con la caida del corpulento gefe, cuya mole parecia á la de un elefante, y murió á pesar de sus exhortaciones, no figurándose que su sepultura habia de ser un ribazo, y que este era el premio que le tenia dispuesto su emperador para recompensar sus fatigas. Muchas eran ya las

víctimas sacrificadas á los manes del *estúpido ambicioso*; pero se hacináron mas y mas con el vivo cañoneo y fusilería, en términos que quedó el campo cubierto de cadáveres, siendo extraordinario el número de muertos, innumerables los heridos, bastantes los prisioneros, sin que resultase por nuestra parte otra pérdida que ocho muertos y doce heridos. El número de fusiles, sables, mochilas y otros efectos excedió al del dia anterior, pues entráron á cargas por la puerta del Angel. Salió el pueblo, compuesto la mayor parte de ancianos, mugeres y niños, á recibir los vencedores: su gritería y vivas conmovian las piedras; y los paisanos y soldados, bañados en sudor, sangre y polvo, se presentáron erguidos por la plaza de la Seo, llenos de la victoria, y precedidos del triunfo. La madre patria recibió en su amoroso seno á sus caros hijos, y esta aclamacion y acogida fué de la mayor satisfaccion para sus honrados corazones. Nadie es capaz

de concebir la gloria que consiguiéron los paisanos y tropas en este dia. La vigorosa defensa que hiciéron destrozando completamente á tan viles opresores, es superior á la decantada batalla de Termopilas, y á las mas célebres de la antigüedad. Su entusiasmo, su energía, su arrojo los pone en la clase de héroes: y reunido esto con los demas ataques y choques, cotejándose la diversidad de fuerzas; no perdiendo de vista, que los que han conseguido estos triunfos han sido la mayor parte unos sencillos labradores, que en su vida habian oido la caxa ni el estrépito de las armas, sino sus podaderas y dallas para recoger los frutos, se conocerá que no el aparato de los exércitos, sino las virtudes sociales son las que inspiran el verdadero valor, y con las que se rechaza lo que se llama fuerza. ¿Habeis visto, se decian unos á otros, cómo corrian los que se apellidan invencibles, los que tenian aterrado el mundo, sirviendo de coco y de fan-

tasma á las mugeres para hacer miedo á sus criatutas? ¿Esos son los que no conocen obstáculos, los que llegan y vencen quando quieren, y como quieren; los que con nombrar á su Napoleon, como si fuera el rei de los Magos, se figuran que harán estremecer la tierra y obscurecer los cielos? ¿Son estos los que nos han descrito en sus papeles é historias, esos los que han vencido los imposibles, los que no sufren resistencia, y los que todo lo consiguen? En verdad que qualquiera cosa puede creerse de exércitos que tienen tan buenas piernas, y de caballos que vuelan sin tropiezo al solo toque de degüello, que sin duda para ellos es la señal de la fuga. Era una complacencia oir á los campesinos: ¿y no habeis visto como corrian? nosotros pensábamos que no eran capaces de volver la espalda; pero el ciervo no parte con mas velocidad quando siente el ladrido de los perros. El gusto y placer que yo percibo, exclamaba un labrador, quan-

do en tiempo de siega, con lo caloroso del dia, me trae mi hija un jarro de vino fresco, no puede compararse al que he disfrutado viendo cómo corrian los franceses. En verdad es mui digno de notarse que los dos únicos dias que se batiéron en campo abierto, siendo los contrarios en mayor número, sucumbiesen, huyendo con la mas ignominiosa fuga. El dia 31 hubo una alarma general; pero el enemigo se mantuvo quieto, y se pasó con alguna tranquilidad. [1]

Estábamos todos en expectacion, esperando el resultado de las fatigas que por espacio de mas de quince dias se veian hacer á las tropas france-

1 Esta alarmá se suscitó á causa de cierto movimiento que hizo el enemigo, con el objeto sin duda de facilitar el paso á los muchos carros de heridos que les llegáron de la funcion que tuviéron en el lugar de Osera, al que se habian dirigido dos mil para destruir á nuestros valientes voluntarios de Aragon que venian á esta; pero les salió mal la cuenta, y tuviéron que volverse á mas de paso estropeados y deshechos.

sas, las quales llegáron á perfeccionar un camino cubierto desde el convento de San Josef por las márgenes del rio Huerva hasta las del Ebro en las inmediaciones de la torre de la Bernardona; con lo que pudiéron formar sus baterías, y colocar en ellas los morteros y cañones á su arbitrio. No mediaba desde sus baterías á las nuestras medio tiro de fusil; y en medio de que se descubria su intencion, no era posible hacerles abandonar el sitio, pues la multitud de puntos, cuya custodia era necesaria, tenian ocupada toda la gente, y no se podia intentar ninguna salida.

El dia 1.º de agosto empezáron á arrojar algunas granadas desde el amanecer hasta las ocho de la mañana; pero luego cesáron, y ya ni en aquel dia ni en el inmediato hiciéron la gestion mas mínima. Pero llegó el dia 3, dia en que el infierno abrió sus puertas, y dió libertad á todas las furias para que abrasaran á Zaragoza. Empiezan á una sus morteros, obu-

ses y cañones. Se oyen sin intermision las explosiones que causaban las bombas y granadas, y la bala rasa volaba de un extremo de ciudad á otro, abriendo brecha por todos los edificios. Al principio procuráron derruir los mas inmediatos á las puertas para que sus habitantes los desalojasen: luego las dirigiéron al convento de S. Francisco, y en seguida al hospital general de nuestra Señora de Gracia, en el que cayéron por la mañana varias bombas en las mismas salas de los pobres enfermos, que cada una fué un prodigio; pues reventándose en medio de ellos, no les causó el mas leve daño. Entónces fué quando se vió á los infelices salirse desnudos por las calles cubiertos de palidez, arrastrando algunos sus camillas, y clamando al cielo con lastimeros ayes.[1] Los dementes

1 Solo para referir los sucesos de cada bombardeo se necesitaría hacer una historia separada; pero no hai voces para elo-

por una parte, los expósitos por otra.... yo no puedo describir semejante escena, pues la pluma se me cae de las manos. ¡Crueles, y mas que bárbaros! El abrigo de la humanidad hubiese sido respetado por los sarracenos. ¡Asestar sus tiros contra el mísero que yace en el lecho del dolor, complacerse en su extincion, y precisarlos á buscar un nuevo asilo, no lo hubieran hecho juntos todos los tiranos que han exîstido! pero lo han hecho los france-

giar la caridad y zelo de los de Zaragoza. ¿Quién creerá que en quatro horas se trasladáron los innumerables enfermos, las camas y demas necesario é indispensable; y que no obstante que los que conducian las camillas ó parihuelas tenian que detenerse á cada paso por caer las bombas á sus mismos pies, ninguno las abandonó, y que con la mayor frescura esperaban que se reventasen á su presencia? Pues así sucedió sin que ocurriese desgracia alguna. En uno de estos lances al ver la maravilla el enfermo que iba moribundo, se incorporó para exclamar: *Viva la Vírgen del Pilar*, y los que le conducian partiéron diciendo lo mismo.

ses ; lòs que nos han apestado con su insípida sensibilidad, y los que querian hacer feliz á toda la Europa. Desde luego se tomáron en semejante apuro, por zelosos patricios, las disposiciones mas del caso ; y en mui pocas horas se trasladáron todos los pobrecitos á la lonja de la Ciudad, entresuelos de la casa del ilustre Ayuntamiento, á la Real Audiencia, y á algunas otras casas inmediatas. Por la tarde ya todo el santo hospital estaba aniquilado: ¡con tanta furia cargáron su consideracion sobre tan vasto y piadoso establecimiento! Por todo lo que respeta á las inmediaciones de la puerta del Cármen y á la de Santa Engracia no se veian mas que ruinas. La hermosa calle del Coso derrotada, infinitas casas por tierra, y otras ardiendo á impulsos del fuego mas voraz. Igual suerte padecian los edificios del centro del pueblo, pues eran tantas las bombas y granadas que á un tiempo despedian, y las dirigian con tanta destreza, que

parecia las iban desprendiendo de casa en casa sin dexar libre el menor rincon de la ciudad. Aun no caia un edificio, ya se sentia la explosion de otro, y ya por el aire volaban á otros puntos los instrumentos asoladores, amenazando al que ménos advertido estaba de que podia desprenderse sobre su cabeza. Tal vez el que huia, llegaba á tiempo de presenciar como se hacia el funesto globo mil trozos en penetrante estallido, dando con lo mismo que queria evitar; y si temeroso de un nuevo estrépito se refugiaba en otra parte, experimentaba igual fracaso, pues no habia parage seguro, ni la multitud que despedian, daba treguas para discurrir qué sitio podia ser mejor. Solo la justa confianza que todos tenian en nuestra Señora del Pilar, cerciorados de lo ocurrido en el primer bombardeo, podia sostener á los zaragozanos, pues por mucho que se exâgere, nunca se describirá con exâctitud dia tan terrible. Con efec-

to, no ocurriéron desgracias de la mayor consideracion, y todos se convenciéron de que cada momento se obraba una maravilla, pudiendo decirse con propiedad, que aquel dia fué el de los milagros. Llega la noche, y en medio del silencio se oyen mil ruidos de una vez, pues las baterías obraban todas á un tiempo, y á un tiempo ocasionaban mil estragos. Hasta los pueblos mas distantes divisáron por el aire los infinitos globos de fuego que nos dirigian; y viéron con asombro, á distancia de mas de veinte leguas al contorno, el estremecimiento que causaban al desgajarse. Lloráron al considerar los crueles males que nos afligian: pero los moradores de esta ciudad, viendo el escudo que los libertaba, se mantuviéron en lo posible serenos y tranquilos. Multiplicábase progresivamente el horroroso estruendo, y nada quedaba libre de la perfidia enemiga. Las vírgenes tuviéron que abandonar su clausura, y

las huérfanas su recinto; pues de propósito parecia se querian encarnizar en los asilos de la virtud y de la inocencia. Por todas partes se veia trasportar las imágenes y los vasos sagrados, para libertarlos de que quedasen sepultados entre los escombros. La tropelía, el azoramiento y agitacion se descubrian en todos los aspectos, que faltos de sueño, estaban desfigurados, y sin accion para levantar los ojos del suelo.

Al amanecer del dia 4 no se respiraba en esta ciudad aire, sino fuego. El sol parecia ensangrentado, las nubes brotaban centellas, temblaban los edificios con la conmocion que empezó á causar la inmensa artillería, que jugaba con todo su furor: los trozos de las torres y casas de alguna elevacion, impelidos por la bala rasa, parecian á la piedra escapada de la honda: todos los conatos se dirigen á la batería de la puerta de Santa Engracia: las tapias y caserío del monasterio inmediato se aploman, se-

pultando á muchos en su caida. Menudean las bombas y granadas sin dexar maniobrar á los artilleros. Aun no perecen unos, ya otros les reemplazan: caen estos, y al punto se ve ocupado su lugar. Los defensores, apiñados en la puerta, se ven imposibilitados de herir á los que tan cruelmente los sacrifican: conocen que si permanecen, van á perecer, y pierden el seso considerando que son víctimas de la cobardía; pero á pesar de esto se mantienen esperando la muerte, y prefieren esta á ser subyugados. Espiraban nuestros valientes con toda la grandeza del heroismo, imitando á los gloriosos mártires que tenian á la vista, bien satisfechos del inmarcesible laurel que iban á conseguir. Entretanto se redobla el estruendo en términos que no se puede explicar. Quien haya visto un volcan, y el retiemblo que causa quando, fermentando las materias combustibles en sus entrañas, se abren los montes, vuelan por el aire los peñascos, y se oyen

un millon de estampidos, podrá formar alguna idea de lo ocurrido en aquella mañana. Despues de ocho horas que se sostuvo tan formidable fuego, haciendo la mas inaudita defensa, el enemigo consigue abrir brecha, y salvando la batería, á tiempo que ya con general admiracion habian retirado los nuestros los cañones; enmedio de la turbulencia y desórden se lanzan á entrar á un tiempo por el monasterio de Santa Engracia, y por la huerta que corresponde á la parte del convento de Santa Catalina en número de cerca de tres mil hombres. Tuviéronse diferentes choques desde las once de la mañana, en los quales sufriéron pérdidas considerables, llegando unos y otros á las manos con un valor desenfrenado. Contúvose por espacio de tres horas su primera embestida; pero ostigados y confundidos los nuestros por todas partes, fué preciso ceder; y á las dos de la tarde los malvados se dirigiéron cantoneándose á salir por S. Die-

go á la calle de Santa Engracia, y de esta á la del Coso, formados con tambor batiente, publicando que habian conquistado á Zaragoza. ¡ Infelices! No sabian que faltaba lo mejor para colmar las estupendas acciones que habian visto exercer á los zaragozanos. Como unos siete labradores, por el pronto, salen al encuentro del exército, le hacen frente, y el primero que espira á sus manos es el orgulloso gefe que los capitaneaba. Su semblante risueño se habia cubierto con los horrores de la palidez, y tendió sus fúnebres miradas enmedio de las bascas mortales sobre los hermosos edificios, de que creyó neciamente posesionarse, para disfrutar la abundancia y delicias de este pais. Un gefe no podia estar con decoro aislado, y así los labradores le hiciéron todo el obsequio que se merecia matando al tambor, y rodeando en breve su cuerpo de cadáveres. A pocos momentos que los siete hacian prodigios de valor, ya se les habian reunido muchos

escopeteros, y la fusilería empezó á hacer el fuego mas activo. Colocado un cañon en la calle de la Parra, y otro cerca de la plaza de la Magdalena, siendo el primero manejado por los paisanos, que lo cargaban y descargaban con una celeridad increible, consiguiéron hacer una completa carnicería, dexando muchos cadáveres tendidos por todo aquel trecho. Cómo cada qual tiraba á su arbitrio, el soldado de la derecha caia como el de la izquierda y como el del céntro. Confundíanse los franceses al ver que no se perdia tiro, y que sus columnas desaparecian. [1] Pensaban en reha-

1 Lo mas singular del suceso es que las tropas que entráron en Zaragoza el dia 4 de agosto eran nada ménos que de la legion de honor y lo mas selecto. En verdad nadie podrá figurarse su robustez y corpulencia, ni ménos su arrogancia; pues como recien llegados, ignoraban lo que habia acaecido á sus compañeros, y no sabian que se sorteaba la oficialidad y cuerpos quando se trataba de dar un ataque. Pero no les quedó deseos de hacer otra nueva en-

cerse los dispersos, y al primer paso dexaban de exîstir; y tropezando con los moribundos, venian á dar de buces sobre la sangre de sus compañeros. Si alguno se refugiaba dentro de las casas, allí encontraba su perdicion y la muerte. Al observar la mortandad que hacian los nuestros, fuéron replegándose hácia la cruz del Coso, desprendiéndose una porcion hasta el palacio del general antiguo Guillelmi; y no pudiendo soportar mas el choque, se olvidáron del aparente carácter de guerreros, y se mostráron con el suyo propio, que es el de ladrones y asesinos. Entran en la tesorería, y apoderándose de los caudales, insultan al tesorero y á sus oficiales, que no pereciéron porque algunos de los capitanes que se presen-

trada en los dias sucesivos; y quando viéron los pocos que quedáron con vida que durante la accion los muchachos con sogas llevaban arrastrando los muertos para arrojarlos al rio Ebro, conociéron, aunque tarde, que en Zaragoza todos eran valientes.

táron, no pudiéron olvidar que habian recibido los sueldos de su propia mano. Saquean la casa del conde de Sástago, la de Aranda y demas principales: sacrifican en todas á los pobres indefensos que encuentran: una infeliz religiosa de las que habia colocadas en casa de Tarazona, va á salir para huirse, y la dan muerte de un balazo. D. Pedro Ximenez de Bagues les presenta una gran cantidad de dinero, y le dexan en el sitio: abofetean á su señora, y empiezan á destrozar quanto se les viene á las manos. Otro tanto sucede á D. Manuel Aguilar, y á otros varios sugetos; pero al ver algunos de los de las parroquias de S. Miguel y S. Pablo tamaños excesos, suben á las casas clamando venganza: sepultan en su seno las relucientes bayonetas, y los arrojan por los balcones con el mayor desprecio. Seguia el tiroteo con una intension extraordinaria, y si cabe, con frenesí; pues reunidos muchos, que al pronto no tuviéron todo el es-

píritu necesario para chocar con la muchedumbre, empezáron á hacer el destrozo mas horrendo que puede imaginarse, tanto por la parte del Coso, como por Santa Fe y calle del Carmen. Ocho horas duró tan célebre combate; y para concebir lo árduo de semejante empresa, no se necesita mas que ver la dilatada y hermosa calle del Coso sembrada de balazos. Se atolondráron sin duda los franceses de ver tales asombros, y habiéndoles arrojado al último de las casas á mal andar, y como quien despide un pícaro, se refugiáron al convento de S. Francisco, á fin de hacerse allí fuertes. Hacia mas de diez y seis horas que estaban peleando los nuestros, y sin embargo, sin dexar unos de hacer fuego á los encastillados, otros cierran las bocas calles, abren fosos, y forman en ellas sus baterías. Ni las granadas de mano, ni la bala rasa y metralla que disparaba el enemigo desde las suyas, colocadas en la calle de Santa Engracia y del Car-

men, lograban suspender sus operaciones, dignas de los mas grandes elogios. Encorralados y cercados así los conquistadores de aldeas, nos dirigian sin cesar algunas bombas y granadas, porque no se atrevian á otro, y se entretenian en aprovechar los momentos en que algun curioso se asomase para hacerle saltar la tapa de los sesos. Se apoderó de los franceses el terror en disposicion que solo se presentaban por los torreones del convento, y por algunas troneras á hacer fuego; pero el dia 6 fraguáron la tentativa de que querian entregarse. La buena fe característica de la nacion, sin embargo de haber experimentado las mas exêcrables perfidias, excitó á darles crédito al teniente coronel D. Pedro Hernandez, que con el ayudante D. Simon Ximeno, y un religioso de S. Ildefonso, al ver las demostraciones que hacian, fué á parlamentar; pero no bien se presentó el ayudante Ximeno con una pica en la mano, y en su lanza un pañuelo blan-

co, quando los iniquos lo traspasáron con una bala de parte á parte estando junto á la cruz del Coso, y aun aproxîmáron la mecha al cañon para extinguir á los infinitos que habian salvado la trinchera. Atentado sin igual; borron el mas feo: que todas las naciones lo sepan para ignominia de la Francia, y de su perverso emperador. Iguales gestiones hacian sin cesar los que estaban por el lado de Convalecientes; pero los nuestros, para evitarles el que hiciesen gestos y pantomimas, cuya ciencia es toda suya, colocáron sobre los cañones una bandera roxa, con una inscripcion en caractéres bien legibles, que decia *vencer ó morir*.

Enmedio de tales apuros se vió asomar el batallon de voluntarios por las alturas de Villamayor, que con los tercios formados en el partido de Huesca y Barbastro, y un número extraordinario de catalanes, guardias valonas y suizos componian el número de cinco á seis mil hombres, los qua-

les fué á buscar precipitadamente S. E. desde el momento que vió el riesgo que nos amenazaba, para que volasen á nuestra ayuda. En su tránsito ahuyentáron quantos franceses habian pasado el Ebro, despues de haberles hecho perder mucha gente en los choques que se trabáron, y que quisiéron evitar, pidiendo continuos parlamentos con el objeto de persuadirles que Zaragoza era ya suya, y que se incorporasen con ellos, pues estaban perdidos. Despreciáron justamente los nuestros tan viles raterías, y la respuesta fué el fuego del cañon, que es el que termina pronto los negocios. Huyéron, como tienen de costumbre siempre que se les hace frente, y la caballería repasó el rio Ebro sin hacer eleccion de vado. Fué extraordinario el júbilo y contento comun al ver entrar la elegida tropa de voluntarios, catalanes, suizos y valones; pues los de los tercios de Huesca y Barbastro quedáron acampados en las alturas de S. Gregorio para conser-

var tan importante punto; y luego se les destinó á los primeros á los infinitos que habia que sostener en la ciudad, y á los que se dirigiéron deseosos de saciarse en la sangre enemiga. Reforzados ya todos los puntos, se hizo la mas heroica defensa, con particularidad en el convento de Santa Catalina y Hospital de Convalecientes, en los que una porcion de catalanes recibian con el puñal en la mano á quantos se les ponian delante, arredrando á los enemigos. La maravillosa union de las tropas con los paisanos, y el respirar todos un mismo ardor y entusiasmo, tenia tranquilas las familias, sin embargo de estar tan próxîmo el enemigo; el qual, aunque hizo varias tentativas, siempre fué repelido con gran pérdida por lo que respecta á la entrada de Santa Catalina y de Convalecientes, pues los que habia en la calle de Santa Engracia no se atreviéron á salir de su huronera. Así permaneciéron los franceses sin ganar un paso en la porcion

de caserío que hai desde Santa Catalina hasta S. Francisco, y desde este por S. Diego, Santa Rosa, y lo que sigue hasta la puerta del Carmen, sin atreverse á romper por ningun punto, ni internarse en la ciudad antigua. [1] En este recinto cometiéron todas las atrocidades propias de la barbaridad que les caracteriza. El trémulo anciano, el párvulo y el adulto fuéron pasados á cuchillo. El esposo vió perecer á su esposa, y ámbos diéron juntos, tal vez, el último suspiro. Los que tuviéron la

1 El espacio que ocupáron los franceses fué precisamente en la parte nueva de la ciudad, que es mui digno de notarse; pues aunque algunos pasáron mas allá de la puerta Cineja, retrocediéron al momento. En dicho trecho se hallan los conventos de religiosas Capuchinas, descalzas de San Joséf, Encarnacion, Recogidas, Jerusalen, Santa Rosa, y Santa Catalina. Por casualidad no habian desamparado su convento las de Santa Rosa y Recogidas, por lo que quedáron prisioneras, como las educandas de Santa Rosa y toda la gente que permanecia en sus casas.

suerte de libertarse del primer arrebato, padeciéron la hambre, la sed y todos los horrores de la miseria. El dia 12 se observó por el vigía de la Torre Nueva que habia partido hácia Alagon una columna de mas de mil hombres, conduciendo algunas piezas de artillería, lo qual parecia dar indicios de una retirada; pero no obstante atacáron varias veces, y no cesaban de remitir infinitas granadas, á las quales la gente bacia ya la fisga; y por fortuna tampoco hiciéron el mas leve daño, pues la mayor parte cayéron por la ribera del rio Ebro. Siguiéron el dia 13 con el mismo aparato, y por la noche, despues de habernos entregado todos los prisioneros que tenian, diéron muestras de intentar un ataque furioso, haciendo grande tiroteo: incendiáron á Torrero y varias casas de la ciudad; y por último, se sintió á cosa de las doce una explosion disforme que estremeció todos los cimientos, bambaleándose los edificios, la qual la motivó

el haber volado el suntuoso monasterio de Santa Engracia. Esta fué la señal de su fuga, y la demostracion de los furores que les devoraban. Partiéron aquella noche las tropas francesas precipitada y desordenadamente como huyen los lobos quando sienten los perros á tiempo que empiezan á cebarse en la sangre de las ovejas, y abandonáron en su fuga muchos comestibles, pertrechos de guerra, é infinitas piezas de artillería de todo calibre. Salió el pueblo ántes del amanecer á ser testigo de tan vergonzosa huida; y por todas partes viéron señales nada equívocas de que huyéron cubiertos de oprobrio, pues no puede darse un abandono semejante, ni de tanta consideracion. [1] Ocultáron con

1 La precipitacion con que lo abandonáron todo las tropas francesas es de lo mas sorprehendente que se habrá visto. Mas de cincuenta y dos piezas de artillería, morteros, obuses, culebrinas se han extraido felizmente de las aguas del canal, adonde las habian arrojado, las quales se descubriéron

la obscuridad, no la vergüenza desconocida entre ellos, porque no tienen sentimientos, sino su soberbia y cólera al considerar que habiéndose presentado á una ciudad indefensa, abierta, con mas de veinte mil hombres entre infantería y caballería, la flor de su exército, robustos como robles, habian sido arrollados y vencidos siempre por unos simples labradores sin práctica ni disciplina, aunque valientes de por vida; y que despues de haber arrojado mas de siete mil bombas y granadas en quince ó mas ataques que intentáron por espacio de dos meses, siempre fuéron descalabrados y deshechos, habiéndose dexado en el campo muertos mas de catorce mil franceses. Esto los llenó de confusion y despecho, y el jóven Lefebvre, junto con Verdier, á pesar de sus juramentos, tuviéron que partir ca-

al dia siguiente é inmediatos. Asimismo dexáron víveres, municiones, alhajas y ropas del pillage, bombas, granadas y todo género de repuestos.

bizbajos y taciturnos, revolviendo en su interior mil funestas cabilaciones. Dios quiera que los exércitos que van en su encuentro consigan su total exterminio.

Por fin respiras, amada patria mia: el cielo, que por medio de tu Protectora, ha tomado á su cargo tu conservacion, te ha salvado de los riesgos mas inminentes: tu gloria será eterna en los fastos de la historia, y tus hijos ocuparán en ellos el lugar mas distinguido.

El estado en que ha quedado esta capital por la crueldad con que, contra toda ordenanza y derecho de guerra, han procurado arruinarla los pérfidos enemigos, exîge alguna detencion. Sin contar con los muchos edificios que el bombardeo derribó hasta los cimientos, la calle del Coso está sobremanera desfigurada, pues el humo y los infinitos agujeros que hay en las fronteras ya de las balas de fusil, ya de las de cañon, con varias casas que estan todas derruidas, pre-

senta todo el aspecto mas triste. En seguida se encuentra el respetable y magnífico monumento de la Cruz del Coso enteramente echado por tierra: solo se descubren de entre el polvo trozos de columnas, inscripciones desmoronadas, y un eco que dice: *aquí fué*; pues la vista no encuentra sino los restos de su exîstencia. La iglesia y caserío dilatado del santo hospital no conservan sino algunos arcos y el frontispicio. El monasterio de Santa Engracia, que podia competir con el primero, no es mas que una montaña de escombros: todavía se descubre un lado de la iglesia con sus tribunas, algunos arcos, que suspendidos, parece van á caer, la torre y su fachada, cuyo conjunto ofrece una lastimosa perspectiva. Los conventos de S. Lamberto, S. José, Capuchinos, Trinitarios, colegio del Carmen, y convento del mismo, como tambien el de las religiosas de la Encarnacion, se hallan casi abrasados, y solo han quedado algunos fragmentos para manifestar

mejor los estragos. Las torres, huertas, olivares y quanto circunda la ciudad, todo se ve aniquilado y hecho astillas. ¡ Ah! ¿ que es Zaragoza de tu belleza y de tu antiguo lustre? ¿Donde está la hermosura de tus paseos, la frondosidad y la simetría? ¿ Que se ha hecho aquel esplendor y aquel encanto que hechizaba tanto á los viageros? Se marchitó como la rosa al ponérse el sol; pero interesas mucho mas al presente. Los atractivos de esos despojos son esmeraldas que te hacen resplandecer, y que anuncian á todo el orbe, que tus habitantes han dexado muy atras á Numancia y Sagunto: que su heroismo ha superado á quantos exemplares suministra la historia: que mugeres y niños, jóvenes y ancianos han sostenido hasta lo último todos los horrores mas crueles que ha podido inventar el arte funesto de la guerra: que tú eres sola en toda la España, porque ninguna ha padecido lo que tú. Te has visto abandonada, sin municiones, sin comestibles y sin

tropas: [1] has mirado con serenidad echadas por tierra las casas, derruidos los templos, abandonadas las vírgenes, los huérfanos y los enfermos: infinitas familias reducidas á la indigencia, aunque contentas con su suerte: tus hijos bañados en sangre, conducidos en parihuelas; pero risueños, y exclamando, como se les ha oido: *espiro contento, pues he logrado dar muerte á seis franceses*; y todo, todo lo has superado con el valor y la constancia. El digno gefe, que como por inspiracion elegisteis, hijo de tus entrañas, á una con sus dos apreciables hermanos, los debes mirar como á unos númenes tutelares: los hombres no pueden resistir las tareas y vigilias que han soportado, ni cabe ya

1 Por varias veces ha ocurrido tener que ir de casa en casa recogiendo la poca pólvora de los particulares, y el dia 5 de agosto no habia un cartucho, ni disposicion para hacerlos. Es un asombro el que sabiéndolo el pueblo, no se haya abatido en unos extremos tan críticos.

mirar con mas interes tu libertad.

Para conocer lo árduo de la empresa, no debe perderse de vista el estado fatal en que yacia toda la península. Veinte años de desarreglo, un gobierno el mas desastrado tenian á la España en la situacion mas deplorable. La maldad se habia aposentado en muchos corazones, y solo se veia entronizada la iniquidad y la felonía. Aun no habia tomado Palafox las riendas del mando, quando donde quiera que vuelve su vista tropieza con la hipocresía y el egoismo. La alta traicion y la intriga desarrolláron todas sus fuerzas para perderle. ¡Ah! ¿Quien no ha visto á algunas de las mugeres despreciables que se introducen en las grandes poblaciones para ocultar sus crímenes, que ni aun merecen colocarse en la clase mas ínfima del pueblo, llevar con todo artificio cartuchos, pólvora y comestibles á los enemigos? ¿Quien no ha observado la muchedumbre de voladores que de dia y de noche despedian los

paniaguados de los franceses [1] para que dirigiesen sus bombas, ya á los almacenes de pólvora, ya á los sitios donde habia mas concurso; como tambien para indicarles quándo debian atacar por los parages mas débiles? ¿Quien ignora lo ocurrido en la ciudad de Tudela? [2] ¿quien las varias

1 Irrita el recordar infamia semejante: aun se divisaba el volador sordo por el aire, quando ya estaba la bomba ó granada en aquel sitio. Esto puso al pueblo en estado de desconfiar de todo, haciéndose tan suspicaz que no perdonaba diligencia; y á la menor sospecha, procedia con la mayor vigilancia para descubrir los traidores. Por el influxo del mismo pueblo, que ya desde el principio tomó por sí las mas acertadas providencias, reduciendo á encierro los franceses domiciliados en esta con el mayor decoro y armonía, se dispuso que en cada puerta hiciesen guardia un religioso y un eclesiástico, alternando los capítulos y comunidades, á excepcion de los religiosos que de dia y noche se ocupaban en hacer cartuchos, y lo mismo en los almacenes de pólvora, cuya guardia sigue todavia; y que una muger registrase escrupulosamente á quantas salian.

2 En Tudela, á influxo de algunos parciales de los franceses, se ocultáron quinien-

insurrecciones que han procurado suscitarse por mil amotinadores, que felizmente se descubrian, y aprisionaban al momento? ¿A quantos no se les han encontrado planes, contestaciones, y aun proclamas y papeles insultantes para fomentar intestinas disensiones? ¿Quien no ha presenciado desde el principio todas las tentativas mas baxas por parte del enemigo para seducirnos? [1] ¿A quien se oculta, que

tos fusiles, que por medio de comisionados pidiéron á esta ciudad para armarse; y el pueblo, que sin duda lo deseaba así, tuvo que ser el blanco de la perfidia de los malvados.

1 El dia 17 de junio entregó un soldado español, que dixo haber sido hecho prisionero por los franceses, un pliego dirigido á los administradores de Zaragoza, habiendo manifestado, que le habia sido entregado por el general frances Lefebvre para poner en manos del excelentísimo señor Gobernador y Capitan general de este reyno. El mismo soldado portador del pliego traia ocultas varias proclamas sediciosas, impresas en Bayona en lengua castellana, que le fué-

apénas supiéron la aproxîmacion de nuestras tropas interceptáron los cor-

ron entregadas por el General frances. Se dispuso por el señor Teniente Rey de esta ciudad, por el Real Acuerdo y Ayuntamiento reunidos, que se enviase sin abrir el pliego á S. E., quien ha dado la siguiente respuesta, que con el manifiesto de 31 de mayo, y el bando publicado ayer, ha pasado hoi al campo del enemigo el teniente coronel D. Manuel de Ena; y copiada literalmente, dice así: = Zaragoza en mi quartel general 18 de junio de 1808. = "Excmo. Sr. Si S. M. »el Emperador envia á V. E. á restablecer la »tranquilidad que nunca ha perdido este pais, »es bien inútil se tome S. M. estos cuida»dos. Si debo responder á la confianza que »me ha hecho este valeroso pueblo de Ara»gon, sacándome del retiro en que estaba, »para poner en mi mano su custodia, es »claro no llenaría mi deber abandonándole á »la apariencia de una amistad tan poco ver»dadera.

»Mi espada guarda las puertas de la ca»pital, y mi honor responde de su seguri»dad: no deben tomarse pues este trabajo »esas tropas, que aun estarán cansadas de »los dias 15 y 16. Sean en buena hora in»fatigables en sus lides: yo lo seré en mis »empeños.

reos, y fingiéron las firmas, logrando

»Léjos de haberse apagado el incendio que »levantó la indignacion española á vista de »tantas alevosías, se eleva por puntos.

»Se conoce que las espías que V. E. pa»ga son infieles: gran parte de Cataluña »se ha puesto baxo mi mando: lo mismo ha »hecho otra no menor de Castilla. Los Capi»tanes generales de esta y de Valencia es»tan unidos conmigo: Galicia, Extremadu»ra, Asturias y los quatro reinos de An»dalucía estan resueltos á vengar sus agra»vios. Las tropas francesas cometen atroci»dades indignas de hombres: saquean, in»sultan y matan impunemente á los justos »que ningun mal les han hecho, ultrajan la »religion, queman las sagradas imágenes de »un modo inaudito.

»Ni esto, ni el tono que V. E. obser»va aun despues de los dias 15 y 16 son »propios para satisfacer á un pueblo valien»te. V. E. hará lo que quiera, yo lo que de»bo." = B. L. M. de V. E. el General de las tropas de Aragon = José de Palafox y Melzi.

El dia 25 hiciéron nuevas tentativas, manifestando con sus expresiones y ademanes que querian pasarse; pero el resultado fué que á los comisionados que pasáron á parlamentar les entregáron varias proclamas y papeles sediciosos. La contestacion que se les

detenerlas por espacio de mas de doce

dió es la siguiente. "General: El Intendente
»de este exército y reino me ha transmi-
»tido las proposiciones que V. E. le ha he-
»cho, reducidas á que no permita la entra-
»da en esta capital de las tropas francesas
»que estan baxo su mando, y que vienen con
»la idea de desarmar al pueblo, restable-
»cer la quietud, respetar las propiedades,
»y hacernos felices, conduciéndose como a-
»migos segun lo han hecho en los demas
»pueblos de España que han ocupado; ó
»bien si no me conformare á esto, que se
»rinda la ciudad á discrecion.

»Los medios que ha empleado el gobierno
»frances para ocupar las plazas que le que-
»dan en España, y la conducta que ha ob-
»servado su exército, han podido persuadir á
»V. E. la respuesta que yo daria á sus pro-
»posiciones. El Austria, la Italia, la Ho-
»landa, la Polonia, Suecia, Dinamarca y
»Portugal presentan no ménos que este pais
»un quadro mui exâcto de la confianza que
»debe inspirar el exército frances.

»Esta ciudad y las valerosas tropas que la
»guardan, han jurado morir ántes que suje-
»tarse al yugo de la Francia: y la España
»toda, en donde solo quedan ya reliquias del
»exército frances, está resuelta á lo mismo.

»Tenga V. E. mui presente la contesta-

dias? [1] ¿Puede darse mayor insolen-

»cion que le dí ocho dias ha, y los manifies»tos de 31 de mayo y 18 de este mes que le »incluia, y no olvide V. E. que una nacion »poderosa y valiente, decidida á sostener »la justa causa que defiende, es invencible, »y no perdonará los delitos que V. E. ó su »exército cometan." Quartel general de Zaragoza 26 de junio de 1808. = Por el Gobernador y Capitan general del reino de Aragon = El marques de Lazán.

1 El excelentísimo señor conde de Montijo, General en gefe de las tropas combinadas de Valencia y Aragon, escribió á nuestro General lo siguiente.

"Querido amigo: Sabes quantos y quan »sagrados vínculos nos unen, y quan ardiente»mente te amo desde ántes que hubieses dado »tantas pruebas de héroe. Pero la intriga ó »la casualidad ha puesto tantos obstáculos á »la venida del exército de Valencia que he »traido á tu socorro, que á pesar de mis »esfuerzos y de los del digno D. Felipe San »Máreg su general, se ha retardado. Soi »deudor á la opinion pública de mi conduc»ta; y son demasiado apreciables los zara»gozanos para que yo no desee tengan de »mí la que procuro merecer. Asi te ruego »hagas saber á los habitantes de esa ciudad, »que no solo no he tenido parte en la demo-

cia, ni un modo mas ruin de hacer la guerra? Pero que mucho: hacia años que el execrable Napoleon tenia conquistados á quantos eran hechuras del Coloso que fabricó la mas fatal condescendencia y una pasion desenfrenada; y no podia ser otro el fruto que habia de producir la infamia con que consiguiéron sobreponerse á los demas. La sed del oro, y las lisonjeras promesas, que el emperador nunca hizo ánimo de cumplir, los captó fácilmente, por no tener otros sentimientos que los de la ambicion y el placer. ¿Que podian pues prometerse los infelices naciona-

»ra del exército, sino que á no haber sido »el patriotismo de San Marcg... y mi reso»lucion y actividad, aun no estaria aquí el e»xército; y finalmente, que hemos sido dete»nidos doce dias: todo lo que te haré ver »por documentos originales en permitiéndo»lo las circunstancias, esto es, ántes de »quatro dias si Dios y la Vírgen bendicen »nuestros proyectos." = Paniza 9 de agosto de 1808. = Tu Eugenio.

les, y que hubiese sido de Zaragoza sin uno que tuviese espíritu para hacer frente á tantos obstáculos? Considérese con detencion lo mucho que habian cundido las máxîmas del mas refinado maquiabelismo, y el estudio con que se tenia alucinados á sabios é incautos; y se verá que el empeño era obra de un héroe, y no habia otro que Palafox.[1] Así Dios, que nunca

1 "El invicto esfuerzo de los aragoneses »y de su general Palafox ha llenado de ad»miracion á nosotros y á nuestros enemi»gos: todos los habitantes de las provincias »invadidas son en gran manera beneméritos »de la patria; pero sea dicho sin ofensa de »otros: los aragoneses descolláron entre los »demas, y bien mostráron que sus pechos »alientan hoi aquel valor heroico con que »sus padres asombráron á las naciones en »las célebres conquistas ultramarinas. Y tú, »jóven guerrero, que el primero te pu»siste á su cabeza para mostrar al frances »que aun quedaba en España honra y alien»to para quebrantar su orgullo, sigue, si»gue la brillante carrera en que te has pues»to: tus compatriotas te llaman: llámate »España; y la sangre generosa que cor-

permite triunfe de continuo el crimen, se sirvió de este jóven como de un instrumento, y nos le deparó juntamente con sus hermanos, porque han sabido mantener las virtudes que heredáron de sus mayores: y como la Vírgen del Pilar ha sido la que ha desplegado su proteccion para libertar á su pueblo escogido; la misma ha

»re por tus venas, heredada de ilustres pro»genitores, tambien te llama: y un dia, »aquel en que descienda del cielo el bien »por excelencia que anunció Dios á los hom»bres, la hermosa paz, la patria corona»rá tus sienes con la oliva y el laurel entre»texidos, en memoria de tus triunfos, y »de haber salvado á Zaragoza del furor de »los bárbaros del sigio décimonono. Entre»tanto celebren otros tus marciales triunfos, »yo te aplaudo de otro, acaso mas glorioso; »la moderacion de tu alma: porque la glo»ria de vencer fué dada á muchos; pero »guardar templanza enmedio de triunfos y »victorias fué de pocos." Así se produce el autor de la carta sobre el modo de establecer el Consejo de Regencia del reino con arreglo á nuestra constitucion, pág. 12, not. 8.

hecho, que los que en sus tiernos años se dedicáron tanto á su obsequio [1] fuesen ahora los que nos colmasen de gloria y de consuelos.

Muchos son los que se han distinguido en cooperar con sus fatigas al bien de la patria; pero el temor de no defraudar á cada uno de la justa gloria que le ha cabido, contiene la pluma dentro de los mas respetables límites, toda vez que se estan tomando las debidas disposiciones para poder publicar por fin sus nombres, que la posteridad recordará con entusiasmo y veneracion. [2]

1 En su menor edad iban los hijos de Lazán todos los dias á ayudar cada uno á una misa de las que se celebran en la Santa Capilla, á cuyo fin se revestian con el trage propio de los infantes.

2 En las gazetas extraordinarias de 3, 30 de julio, y 1.º de agosto se anuncian los nombres de varios sugetos, que pueden verse. Mi delicadez no me permite dar un paso, como se habrá observado, en una materia en que qualquiera omision sería mui

Por lo que respecta á vosotros, labradores, artesanos y demas regnícolas, que habeis con los soldados y tropas auxîliares peleado con el tesôn nacional, dando muestras del mas heróico valor, no dudeis de que todas las naciones os admirarán y aplaudirán, y que léjos de quedar marchita, será eterna vuestra gloria, pues no necesitareis mas en lo sucésivo que decir: "Nos hallamos »en la capital del reino de Ara»gon quando fué atacada por los fran»ceses: somos hijos de Zaragoza."

notable: fuera de que el considerar que tal vez muchos solo por no haber tenido la suerte de llamar la atencion, ó por su cuna, ó por su carrera ó intereses, han hecho proezas que oculta la mas honrada moderacion: es bastante para guardar silencio, y usar un lengüage que les procura quando ménos la satisfaccion de ver que tienen parte en los elogios que se hacen en general.

Para que nunca se perdiera de vista el premiar los méritos de los defensores, se publicó el siguiente decreto. "A fin de

El que habita la fria Groenlandia y los de las Zonas sabrán vuestras proezas, y las transmitirán á sus hijos y nietos. Hasta en los ardientes climas de la Livia, y en los desiertos de la Arabia se hará mencion de la resistencia

»que todos los individuos del exército que se »han distinguido en los diferentes ataques »contra los enemigos, tengan la justa recom»pensa debida á su valor, he resuelto que »á todos los oficiales, sargentos, cabos, pai»sanos alistados y soldados que hubieren he»cho, ó en lo sucesivo hicieren alguna ac»cion volerosa y digna de recompensa, se »les dé un escudo de premio y distincion »para que su mérito no quede oscurecido. »Esta honrosa distincion deberá adjudicarse »con conocimiento de causa, sin que tenga »lugar el favor, la parcialidad, parentesco, »ni otra consideracion que el mérito perso»nal de los que hayan de ser agraciados; y »para ello los comandantes de los cuerpos y »puntos, con informe de testigos presencia»les, me propondrán los sugetos en quienes »debe recaer esta gracia. El escudo deberá »tener las armas del Rei y las de Aragon »con la inscripcion siguiente: *Recompensa* »*del valor y patriotismo.*" Quartel general de Zaragoza 16 de agosto de 1808.=Palafox.

tan extraordinaria que habeis hecho. Unos admirarán los prodigios del bombardeo, otros las maravillas de los ataques: aquel se detendrá en considerar el sufrimiento de todos los habitantes, y su singular resignacion, levantando á las nubes el comun desinteres: quien decantará los comboyes que de los pueblos comarcanos se remitiéron para socorrer con toda clase de comestibles á Zaragoza.[1] Por

1 A pocos dias que se abrió el paso, y por consiguiente la comunicacion, entráron por la puerta del Angel mas de cien carros con pan, harina, trigo, cebada, carne, arroz &c, que de los pueblos circunvecinos venian á socorrer la capital. Enterneciéronse los habitantes á su arribo, pues iban estrechándose las necesidades. Sus conductores venian llenos de gloria, y uno de los carreteros exclamó: *Todo esto de limosna.* Solo la villa de Exea remitió quarenta y siete carros. Esta villa merece un lugar distinguido por la defensa que han hecho sus naturales, logrando entre otras hazañas hacer prisioneros veinte y cinco soldados, trece de caballería y doce de infantería, que conduxéron á esta, y tambien un teniente coronel del estado mayor que se halla en el castillo de Jaca.

fin, se os presentará como modelo á los exércitos, y los conquistadores os mirarán con cierta prevencion y respeto.

Entretanto echemos una envidiosa mirada sobre los que han tenido la honra de morir en el combate. ¡Ah! que sus nombres sean escritos en letras de oro sobre los mármoles: que se levante un monumento á sus cenizas: apresurémonos á saber los que han disfrutado esta dicha; y volemos á sembrar aromas y flores sobre su sepulcro. [1]

1 El 25 de agosto se celebró en el metropolitano templo de nuestra Señora del Pilar por el Cabildo un solemne Aniversario por los que pereciéron en defensa de la patria, al que asistió S. E. con todos los gefes militares, y tambien el ilustrísimo Ayuntamiento. Dixo su oracion fúnebre el M. R. P. Basilio Bogiero, predicador de S. M., y se hiciéron tres salvas por todas las baterías y por el batallon que permaneció durante el acto formado en la plaza del Pilar. El dia 12 se celebró igual Aniversario

Si los zaragozanos se mostráron religiosos desde el principio, dirigiendo sus votos y ardientes súplicas al cielo, y con especialidad á su Patrona, no lo han sido ménos en manifestar su reconocimiento. El dia 15 se cantó en el templo de nuestra Señora á las seis de la tarde, con asistencia del Cabildo, y del ilustrísimo Ayuntamiento, un magnífico *Te Deum*, al qual concurrió tambien S. E. con todos los gefes militares. El concurso fué numerosísimo, y en todos los semblantes se veia brillar la ternura mas afectuosa. Despedia nuestra Protectora, adornada con un manto exquisito, dádiva de la madre de S. E., y sus mas ricas joyas, rayos de luz que arrebataban los cora-

en la parroquial de San Pablo, al que asistió tambien S. E. Posteriormente se ha hecho lo mismo en la iglesia parroquial de Altabás, en la de San Felipe, y se estan preparando para executarlo en la de la Magdalena y otras á la mayor brevedad.

zones de sus adoradores; y la iluminacion completa de la Santa Capilla daba el mayor realce al aparato con que estaba condecorado todo el templo. El extraordinario gentío que habia desde el Pilar á palacio, en cuyo trecho se hallaba formada toda la tropa, prorumpió al trasladarse S. E. en vivas y algazara, tirando los sombreros al aire, y dando muestras del júbilo mas completo.

Para colmo de todo se proclamó el dia 20 al dulce objeto de nuestros votos Fernando VII; y aunque por razon de las circunstancias no pudo hacerse el acto con la ostentacion debida, se procuró todo el aparato posible, pues lo único que apetecian los corazones era poder desahogarse, dando muestras de su efusion con el mas acendrado afecto y sincera lealtad.

Recibid pues, valientes zaragozanos, la mas completa enhorabuena: el Dios de los exércitos os ha elegido para abatir el orgullo del mas *estú-*

pido calculador, del ambicioso mas desenfrenado, del prototipo de la tiranía, del mas célebre fabricante del enredo y la mentira, del atrabiliario destructor de la Europa; del delirante y frenético Napoleon. Vosotros le habeis dado á conocer que la nacion española calla y obra: al paso que la Francia hace siglos que habla, y desmiente con sus hechos quanto dice. Os creia tan corrompidos como lo está su corazon, que es el albañal de todos los crímenes, y le habeis dado en rostro con vuestras virtudes sociales, con los sentimientos de humanidad, con los de una union recíproca, y con el mas heroico patriotismo. Habeis hollado sus águilas, del mismo modo que en vuestras heredades hollais las aves de rapiña; y sus legiones invencibles han sido precipitadas en los profundos abismos. Vosotros os habeis opuesto á su inicuo plan, y teneis la ventaja de haber sido de los primeros en manifestarle vuestro rencor, enmedio que no

se os ocultaba, ibais á ser el blanco de sus ambiciosas miras, y de que echaria el resto por subyugaros: vosotros sin tesoros, sin auxîlios habeis levantado un numeroso y respetable exército. Ha sido necesario vestir la tropa; todos los habitantes á una han dado paños, y han prestado los medios de verificar un plan tan vasto: se ha tratado de formar esquadrones de caballería; hasta el mas infeliz colono se ha deprendido de la suya: se ha notado carestía; todos los pueblos han volado al socorro de sus hermanos. Que venga aquí ese intruso, que enmedio de tantas victorias fabulosas como nos ha vendido, no ha tenido ánimo para entrar en España, faltando á sus promesas: que venga, y se confunda al ver hai entre nosotros hombres rústicos, que merecen justamente el renombre de héroes; [1] pues no solo reunen las

1 Bien se lo manifestó al Emperador nuestro apreciable Fernando VII en la violenta

prendas sublimes de generosidad, compasion, gratitud y desinteres, sino que tienen el corazon mui bien puesto, y saben dar pruebas del mas extraordinario valor; pero mal que le pese ya lo ha experimentado. Bien caros le cuestan los proyectos de sus infernales consejeros, á quienes puede dar las gracias por el papel tan interesante que ha hecho el autómato de su hermano, y por las zumbas y sarcasmos con que le obsequia toda la Europa.

Sí, amada patria mia, los que fian solo en sus fuerzas, sin contar con el que no necesita mas que arquear las cejas para extinguir el universo, aunque prosperen para castigo de los mortales, por último sucumben, y son el juguete de los mas débiles. La ne-

contestacion que le hizo dar en aquellas últimas palabras: "Creo mui bien que las luces de los artesanos y colonos españoles »descifran mejor vuestro modo de pensar que »los hombres grandes y los exemplos de la »historia."

gra y odiosa conducta de la Francia para con la España será detestada hasta de las mas incultas naciones. Vender amistad para clavar mejor el puñal en el pecho: sacrificarla sacándole sus tropas é intereses para ponerla en el último apuro, y poder, quando la viese espirante, sofocarla mejor entre sus uñas: apoderarse sin trabajo de los fuertes, de los pertrechos y municiones dispuestas para nuestra defensa, y emplearlos despues en sembrar por todas partes la desolacion y la muerte: venir con fingidas promesas, y ánimo de no cumplir ninguna, á arruinar nuestros hogares, ultrajar la divinidad, asolar los templos, reducir á la miseria á millares de familias, y arrebatar á nuestro soberano con violencia, traicion y felonía: ¿quien lo ha hecho hasta aquí? Nadie sino los franceses.

Zaragozanos, la sangre de vuestros compatriotas todavía pide venganza. Juremos ódio eterno á tan infernales enemigos: que los balbucientes niños

aprendan á detestarlos: que el nombre del necio omnipotente sea el nombre de la exêcracion mas horrenda. Basta de nobleza y compasion con quien tan desnaturalizadamente os ha tratado. Habeis visto la decidida proteccion de nuestra Patrona, á quien lo debemos todo. No hai pues que temer, aunque el infierno se conjure de nuevo en nuestra ruina. Quien nos ha salvado en tan terribles apuros, nos salvará hasta la fin del mundo, en cumplimiento de su promesa. Preparaos pues, ínclitos defensores, preparaos á nuevos triunfos, en tanto que la fama con cien alas publíca por todo el globo las inauditas hazañas y victorias que ha conseguido Zaragoza.

POESÍAS

DEL AUTOR DE LA MEMORIA.

Se hallará en las librerías de Quiroga y Burguillos, calle de las Carretas, y en la de Castillo, frente á las gradas de San Felipe el Real: en Zaragoza en la de Polo y Catalina, y en la de Yagüe.

ODA

EN LOOR DEL EXC.^{MO} SEÑOR

DON JOSEF REBOLLEDO PALAFOX Y MELZI.

¿A donde, á donde tan veloz caminas
Entre la muchedumbre, que risueña [1]
Tu nombre anuncia en algazara insana?
La faz veo halagüeña
Giras en torno; todo lo exâminas.
¿Qual es ora tu intento,

---

1 El dia 25 de mayo entró Palafox en la capital del reino de Aragon rodeado de los labradores y artesanos, que fuéron á buscarle á la torre ó huerta de Alfranca.

Que tus ojos contemplo centellantes?
A la inaccion sucede el movimiento:
Tus miradas errantes
Infundir veo plácida energía.
¿A donde entusiasmado
Intrépido, con no vista osadía
Vuelas, jóven brioso,
Despreciando el reposo?
"Mi madre patria á servidumbre dura
La quiere sujetar un vil tirano.
Voi á salvarla: en tal mortal tristura
No hai quien le alargue una propicia mano."
¡Como! ¿no te contiene el abandono
En que yace la España malhadada?
¿No temes el encono
De esa furia infernal desenfrenada,
Que se complace en destruir el orbe?
Sus tropas aguerridas,
Que la desolacion van esparciendo,
Míralas extendidas
Por todas partes como densa nube:
La Lusitania sufre su tremendo
Enorme peso: donde quiera se oye
Su estrépito, en Madrid, en las Provincias,

Todo se halla ocupado
Por la fuerza, castillos y ciudades:
¿Y quieres denodado
Solo tú castigar tantas maldades?

¿Que exércitos, qué fosos, qué murallas
Pueden hallarse á resistir la turba
De gentes, que cubiertas con sus mallas
El terror mas aciāgo han difundido?
Del cruel el poder se halla extendido;
Y mil viles agentes
Publican insolentes
Sus figurados triunfos, que el incauto
Los admira y venera; y por desgracia
El funesto egoismo
Ha desterrado fiero
La sencilla honradez: y en nuestros dias
Tal vez no hai un patricio verdadero.

Pero veo tu diestra me señala
La turba que te cerca: su semblantè [1]



1 La turba era de campesinos llenos de honor y de entusiasmo.

Manifiesta entereza y entusiasmo.
Cada uno es un gigante,
Que al Apenino en magnitud iguala.
Sí: contemplo con pasmo
Su intrepidez gloriosa,
Su inquietud por lidiar. Todos valientes,[1]
Todos ufanos la cerviz levantan
Al *mísero* retando, en rencorosa
Voz, con la qual espantan
Y arredran todo el campo. "Nunca, nunca,
Prorumpen furibundos, sufriremos,
Que reine la maldad entre nosotros.
Virtud, te vengaremos.
Corran de sangre rios,

1 A nadie se oculta que los labradores, principalmente de la ciudad y arrabales, haciendo prodigios de valor, han sido los que han logrado tan gloriosos triunfos: pero tambien debe confesarse en obsequio de la verdad que la poca tropa que ha tenido la suerte de hallarse á su lado, es acreedora á los mayores elogios.

Perezcan á una todos los impíos.
Perezcan, oigo, que repite el eco
Allá en el hondo egido;
Y el cielo indica la señal del triunfo. 1
Tu frente resplandece,
Como hijo de Mávorte esclarecido,
Y la victoria se sonrie leda,
Y su mano te ofrece.
Tú en tanto te desprendes
Sobre las huestes, como horrible trueno,
Confundiendo su orgullo y osadía:
De polvo y sangre lleno,



1 El 17 de mayo se divisó á las doce del dia una nube que figuraba una blanca y hermosa palma, representada con la mayor propiedad, la qual traspuso el templo de nuestra Señora del Pilar, habiendo sido su duracion y consistencia de media hora poco mas ó ménos. Se reputó al pronto entre la gente delicada por un fenómeno; pero el pueblo lo tuvo por un milagro; y no se equivocó, pues desde aquel momento todo ha sido una continua maravilla.

Entre ayes y confusa gritería,
Las banderas hollando
Del comun enemigo belicoso,
Al templo de la fama revolando
Ornas tus sienes del laurel glorioso.

El orbe todo sorprendido admira
Tu singular constancia y tu desvelo,
Y en tu afanar respira,
Y te presenta como fiel modelo
De grandeza sin par; y te proclama
De héroes digno gefe. ¡Qual complace
Tender la vista en su nativa cuna,
Y ver sus compatriotas laureados,
Y de timbres colmados,
La cara patria en dulce nombradía
Brillar como ninguna
En quanto luce el dia,
Siendo el asombro de uno y otro Polo!
¡Como el pecho se goza
Al escuchar que solo,
Do quier resuena, *viva Zaragoza*!

Contempla tu obra, jóven venturoso,
Fruto de las fatigas mas acervas,
Y complácete ufano en tanta dicha.

El clarin sonoroso
De la fama tu nombre va anunciando
De region en region, y al escucharle
El Cid y el gran Pelayo de su tumba
Se levantan, tus hechos admirando.
Y la mas árdua sin igual empresa
Superada por ti con energía,
A par de los leales
Pechos zaragozanos. De su ombría
Estancia se oye con acento claro:
"Por fin vivimos; pues valor renace,
Y la raza invencible
Se halla en Hesperia, castigando osada
La nunca vista exôtica locura
Del mortal ambicioso,
Que en delirio furioso
Creyó triunfar; y ve con amargura,
Que España de la Francia
Es por segunda vez la sepultura."

ODA.

ZARAGOZA INVENCIBLE.

Yacía España en calma sosegada
Viendo crecer al monstruo velozmente,
Que el Norte subyugó con impia mano:
Quando torna su faz ensangrentada
A este suelo, y exclama fieramente:
"Ceda todo á mi influxo soberano.
La irresistible fuerza á par la intriga
Son do quiera conmigo:
Ceda á mi yugo la nacion amiga,
Que ciegamente me creyó su amigo."
Dixo: y de pronto retembló la tierra,
Y el cielo se cubrió de negro luto:
Sube feroz la furibunda guerra
En su carro fatal; y al mediodia
Su hórrido pestañear ciega dirige:

La muerte ansiosa vuela
A su lado, llevando aherrojadas
La peste y hambre que al mortal aflige.
Suena su bronco acento,
Y el español en inaccion rendido [1]
Levántase al momento,
Y mira con sorpresa
Su aliado en enemigo convertido.
Qual leon, que devora en cruda saña
Quanto le cerca, viendo que su albergue
Le invade el caminante,
Y ruge y se espeluza delirante;
Así se mostró España;
Y al ver tamaño exceso
Rompe los diques al fatal beleño,

1 El dia 24 de mayo fué la conmocion en Zaragoza. El pueblo se dirigió al palacio del general Guillelmi, pidió las armas que se hallaban cerradas en el castillo de la Aljafería; y luego que se armó, todo quedó tranquilo.

Clamando denodada:[1]
Ya desperté del sueño,
Tan vil traicion *Yo* dexaré vengada.
Donde quiera distinguese el estruendo,
Y en bélicó furor la monarquía
Arde en fuego voraz, fuego tremendo.
Ya se aproxîman, dulce patria mia,
Ya de los esquadrones aguerridos
Se escucha el clamorear; ya se distinguen
Sus vivos alaridos,
Y se encaminan á sus tristes puertos.
Ai, quien podrá salvarte,
Tú las tienes abiertas,
Y careces de almenas y baluartes.[2]



1 El movimiento de todas las provincias ha sido casi uniforme: prueba de la union de sentimientos y del carácter nacional.

2 Zaragoza el dia 15 de junio no tenia ni gefes, ni tropas, ni gente, ni fortificacion alguna para recibir de doce á catorce mil hombres, que venian arrostran-

"Zaragoza, prorumpe una voz fuerte,
No será conquistada:
La aguarda mejor suerte."
Corren sus hijos la diestra armada,
Y se lanzan furiosos al combate.
Rayos son que destruyen quanto alcanzan,
Y de sangre enemiga
Rios hacen correr rápidamente.
La ira que el pecho abriga
Rompe como un torrente;
Y con furia las filas arrollando
Hieren, destrozan, matan,

---

do por todo con un furor increible. Unos infelices cañones en los umbrales de las cinco puertas, que estaban de par en par, y los labradores y artesanos de la misma y sus arrrbales, con unos doscientos voluntarios de Aragon, algunos soldados de otros cuerpos, y una porcion de fusileros en muî corto número, impidiéron la entrada al numeroso exército con un valor superior á todo elogio.

Confunden y aniquilan con constancia
Del fraudulento galo la arrogancia.
Inmoble roca son, que firmemente
Las olas de los mares repeliendo;
Así ahuyentan las huestes destructoras.
En los cóncabos montes resuena
El estampido horrendo
De las bocas de fuego asoladoras,
Que horror, espanto y palidéz terrible
Siembran por todo el campo.
El exército grande é invencible
Desaparece, como sombra vana,
A la vista del sol resplandeciente:
Y en algazara ufana
Victoria, exclama, nuestra ibera gente. [1]

1 Ya no puede darse un triunfo mas completo; pues considerada la posicion de Zaragoza, los ningunos preparativos que habia de defensa, con el destrozo que se hizo en el exército enemigo, matándoles mas de mil y quatrocientos hombres, con un sin

Victoria: y por el aire tremoláron
Las banderas que nunca conociéron
El duro vencimiento;
Y sus manos, que nunca manejáron
Sino la esteva, con valor blandiéron
El alfange, logrando fortunados
Cubrirse de despojos.
Mirábase al traves de la aspereza
Campesina sus ojos
Centellar con denuedo y osadía,
Llenos del fuego que en su pecho ardía.
  Dadme laurel para ceñir la frente
De tanto héroe guerrero,
Y de vosotras, nobles heroinas,[1]



número de heridos; seis banderas, seis cañones, varios prisioneros, caballos, armas y fornituras, se asombrará el mundo de la defensa que se hizo. No hai seguramente términos con que compararse, ni voces para referirse.

1 En la tarde del dia 15 varias mugeres se mantuviéron durante el choque jun-

Que en ánimo valiente
Y ademan varonil, las numantinas
Y espartanas habeis aventajado,
Y su gloria ofuscado.
Tan sublimes acciones
Serán siempre aplaudidas
Por todas las naciones
En el globo terrestre conocidas.
Salve, ó augusta patria, que gloriosa
Has superado al enemigo fiero,
Que confundirte en servidumbre dura
Presumió con ratero
Proceder, y conducta artificiosa.
Mil veces salve; enmedio de las ruinas, [1]

to á los cañones, dando de beber á los artilleros; y hubo muger que cebó un cañon, siendo infinitas las que con los muchachos se ocupáron en recoger metralla y ropas para tacos con un ardor extraordinario, y de que no hai exemplar en la historia.

1 Es necesario ver las ruinas de Zaragoza para convencerse de lo que ha sufrido;

Que la negra perfidia asoladora
Ha causado con un no visto estrago
En tus templos y asilos, do yacia
El mísero que implora
La humanidad en padecer aciago.
Por fin amaneció el mas claro dia
Tras tempestad, que ruina amenazaba
Y destruccion sin límites: tus triunfos
Son sin igual: á todos inquietaba
Tu lastimosa suerte;
Pero tus hijos, con valor constante,
Al enemigo han dado cruda muerte.

pues las descripciones y quadros no pueden dar una idea exâcta. Estremece verlas; pero deben contemplarse con detencion para conocer la energía y constancia de los zaragozanos.

ODA.

ZARAGOZA PROTEGIDA

POR LA VÍRGEN DEL PILAR.

Libre ya el pecho de la dura pena
Que le agoviaba en padecer terrible,
Victoria alegre canta
En tus aras feliz, ó Vírgen santa.

Y la faz prosternada, tierno llanto
El suelo baña de la estancia bella,
Do tu imágen divina
Propicia nuestros ruegos apadrina.

El averno envidioso de tu gloria
Juró apurar sus pérfidos ardides,
Por destruir insano
Tu poderoso influxo soberano.

Parten las furias centellando rayos,
Esparciendo el rencor y la discordia,
Y la odiosa venganza
Presaga triste de fatal matanza.

Desolacion publican desperadas.
"Perezca á un soplo nuestro Zaragoza"
Mil voces prorumpiéron,
Que al orbe todo en peso estremeciéron.

¡ Ai que de cosas veo tan aciagas,
Quanto pesar y quantos sinsabores,
Horror, luto y espanto,
Gemidos, ayes y funesto llanto!

Ya se percibe el furibundo estruendo,
Anuncio de extincion: ya en cruda lucha
Se miran confundidos
Los exércitos fuertes y aguerridos.

La muerte encarnizada gira en torno
De las huestes, que ciegas se abalanzan
Con un furor cruento;
Mas léjos de lograr su vano intento;

Sienten el peso del fornido brazo
Del brioso ceñudo campesino,
Que logra, aunque inexperto,
Dexarlo todo á sus impulsos yerto.

Eterna palidez el campo cubre,
Que erguida holló la juventud lozana
De remotas regiones,
Ansiosa de rendir nuestros pendones.

Pero ¡ai de mì! no cesan, mas furiosos
Tornan bramando, y otra vez de nuevo
Se sienten los clamores
A la par de los bélicos rumores.

El humo denso la atmósfera cubre:
Globos de fuego por el aire vuelan, [1]
Que en preñez horrorosa
Rompen con una fuerza estrepitosa:



1 Entre el bombardeo de 1.º de julio, y de 3, 4 y siguientes de agosto pasan

Y el edificio humilde y el soberbio
Se aniquilan á un tiempo; y todos huyen
Pálidos ateridos
Por no ser en sus ruinas confundidos.

Y allí la muerte los persigue y cerca,
Y apremia sin cesar hórrida y dura:
¡Ai como el pecho late
Al ver no cesa el fúnebre combate![1]

Corre veloz el campeon, y llega
Blandiendo el asta, domeñando el bruto,
Ciego á la lid se arroja,
Y mata á su contrario, y le despoja.



de siete mil las bombas y granadas que despidiéron los contrarios. ¡Que dias tan horrorosos! El recordarlos solo yela la sangre en las venas.

1 Los ataques eran continuos. Nada es capaz de manifestar el empeño de tan terribles enemigos. En dos meses no se disfrutó un momento de sosiego.

Del relumbrante acero que ceñía;
Y qual rayo el espanto difundiendo,
Destroza fieramente
Del enemigo bando la impia gente.

¿No veis, infames, que frustrados siempre
Vuestros empeños con vergüenza quedan,
Y la arena empapada
De aquesa sangre fétida malvada?

Nada escuchan, redóblase el conato,
Rompen mil bocas á la par el fuego:
La tierra se estremece,
Y hasta el sol confundido se oscurece.

Desplégase la fuerza como un rio
Que no conoce límites: ¡Dios santo!
Las legiones feroces
Nuestro recinto trepan ya veloces. [1]



[1] El dia 4 de agosto entráron á las once de la mañana por el monasterio de

Ya bárbaros exercen mil excesos:
El anciano indefenso, el tierno niño
Se ven asesinados,
Los templos encendidos y saqueados.

¿Será que está la suerte decretada,
Y Zaragoza ha de quedar sujeta
A servidumbre dura,
Y que tú la abandones, Vírgen pura?



Santa Engracia y huerta que corresponde al convento de religiosas de Santa Catalina. Hasta las dos se les hizo frente y contuvo, llegando á las manos con un furor que no se puede concebir. A las dos arribáron á la calle del Coso, donde se sostuvo el choque hasta las ocho, haciendo la carnicería mas tremenda; y por último se les repelió de la calle del Coso, y se refugiáron á la parte de ciudad que hai desde San Francisco hasta la puerta de Santa Engracia y por la calle del Carmen, sin ganar un paso hasta que se fugáron.

"Jamas, jamas: hasta la fin del mundo
Estaré con vosotros: la promesa
En mí olvidar no cabe,
Bien la sabeis, y el orbe bien la sabe.

No llegarán á la ciudad antigua,
Que visité en persona." ¡Raro asombro!
Cobardes se retiran,
Y mil y mil esqualidos espiran.

En fuga vergonzosa huyen, miradlos,
Todo lo olvidan, y abandonan ciegos,
Confusos y perdidos,
Sus generales van despavoridos.

¿Se puede dar mas grande maravilla?
Tu brazo se extendió sobre nosotros;
Y calmáron los males
Partiéndose las tropas infernales. [1]



1 El dia 13 á las doce de la noche, despues de haber volado el suntuoso monasterio de

No era vano esperar el de tus hijos,
Que en devocion ardiente, tiernos ruegos
Sin cesar dirigian,
Ruegos que al mármol mismo enternecian.

Agradecidos henos, dulce Madre,
En torno á tu Pilar con algazara
Y sencillo contento
A voces publicando el gran portento.



Santa Engracia, partiéron precipitadamente, dexándose con el mayor abandono artillería, pertrechos, comestibles, municiones, &c.

ODA.

LA UNION

DE ESPAÑA CON INGLATERRA.

En las riberas del undoso Sena
Se publicó ódio eterno al gran Britano;
Y la Hesperia con pena
Accedió débil á su plan insano:
Pero llega el momento
En que la alta traicion se desarrolla,
Y le descubre del faltal intento
El proyecto malvado,

Y libre presurosa se encamina
A corregir su error, su error forjado
Por la dura violencia:
Ya la gente marina
Se prepara á surcar rápidamente
El piélago insondable, y afanosa
La vista anhela la ciudad gloriosa.
  Eolo sopla un viento favorable,
Y Neptuno el tridente levantando
Al océano instable
Manda quietud, y en curso sesgo y blando
Se ve agitar las olas bullidoras.
Coronan nuestras proras
Mil tiernos cefirillos vagorosos
Precursores de paz y de alianza,
Los remos espumosos
Impelen mas y mas en la bonanza
La feliz nave, con el peso henchida
De leal patriotismo; sus cabezas
Las Driadas levantan, y ella erguida
Se enseñorea el pabellon mostrando
Que anuncia enlace eterno:
Ya se va aproxîmando,
Y el británico pueblo, que impaciente

Desea su llegada,
La contempla con un sonreir tierno;
Ya, ya por fin arriba fortunada.
  Corónase la playa en un momento,
Y un solo grito penetrante se oye
De aclamacion feliz: que viva España.
Y nuestra gente loca de contento
Viva la Gran Bretaña
Repite veces ciento.
Y los Alpes de oirlo se âterráron,
Y el ímprobo, furioso del enlace,
En su delirio jura nuestra ruina.
La reina de los mares apadrina
Al punto nuestra causa, y poseida
De furor, la venganza
Mas cruel promete á la traicion infame
Con que la fe española se ha ultrajado,
Y su honradez violado,
Pagando con vilezas
Sus finos beneficios,
Y sus inumerables sacrificios.
  De improviso se ven sobre las aguas
Muchedumbre de naves, que provistas
De todo, esperan la señal ansiosas

Por hacer mil conquistas,
Y volar presurosas
Desde oriente á poniente
A henchir los puertos de armas y de gente,
Y prestar su benéfica influencia.
Sus mastiles parecen
A un bosque inmenso, cuyas copas mecen
Los vientos en gustosa competencia.
Nada enérgico olvida su cuidado,
Nativas producciones,
Oro, plata, vestidos, municiones,
Y pertrechos de guerra
Apronta sin demora
La nacion mas activa de la tierra.
Ya dan al aire velas,
Y dividen la líquida llanura
Por mas de dos mil partes: élas, élas
Con no vista premura
Y gallarda arrogancia
Caminar esparciendo la abundancia
En industrioso afan. Al ver de léjos
Sus flámulas se esconden los contrarios,
Y huyen su perspicacia vanamente,
Pues imperiosamente

Miéntras unas sujetan los corsarios,
Y rinden quanto encuentran invencibles,
Otras en busca van del mal-hadado
La Romana, y sus tropas, que el malvado
Quiso extinguir llevándolas al norte;
Pero que á su pesar viven triunfantes,
Y vengarán como héroes su patria,
Abriéndose camino
Para ir donde les llama su destino.
¡Que accion tan bella, tan plausible
Y grata!
Que viva el patriotismo
De la española gente, herencia eterna.
Escena dulce y tierna;
El alma absorta en dulce paroxîsmo
La contempla del todo embebecida,
Y en su aliada divisa agradecida
Un numen tutelar. ¡Oh! que delicia
Ver once mil guerreros
Trepar por medio de cien mil espadas
A su pecho asestadas,
Los riesgos y amenazas despreciando,
Y que vienen hollando,
Y destruyendo mil funestos lazos

Para arrojarse al fin en nuestros brazos. [1]
Todo en nuestro favor felicemente
Se declara propicio:
No mas reinar el mísero artificio,
Y la honradez desnuda
Recobre al fin su merecido imperio.
De uno en otro emisferio
Resuena el justo grito de venganza,
Y todas las naciones
Se reunen y juran fiel alianza
Para abatir el miserable orgullo
Del tirano comun. Ora es el dia
Que la virtud renace, y á par suyo
Las mas bellas acciones



1 La accion del marques de la Romana es gloriosa á mas no poder. Si en tiempo de los griegos ó los romanos hubiesen ocurrido los singulares hechos que en la época actual, se apurarian los bronces y mármoles para levantar estatuas y monumentos á su respectiva memoria.

Recuperando el lustre ya perdido.
El Leon Español embrabecido
De Inglaterra ensalzará la gloria
Y hará enterna en los siglos su memoria.

LIBROS

QUE SE HALLAN EN LA LIBRERÍA DE QUIROGA Y BURGUILLOS, QUE FUÉ DE FUENTENEBRO, CALLE DE LAS CARRETAS.

Compendio métrico mitológico, en que se explica en verso la historia de los dioses falsos segun la creencia de los paganos, para que los niños puedan entender el significado de varias estatuas, pinturas y poesías. Un tomito en 8.º á 5 rs. á la rústica, y 7 en pasta.

La Virtud en las Aulas; ó el Estudiante virtuoso. Esta historia contiene las acciones verdaderas de un Niño estudiante, que dotado de un natural vivo y fogoso, vino á calmar y ser el exemplar de sus condiscípulos de resultas de haber caido en un pozo por su viveza y travesura. Tiene todo el atractivo de una Novela, por referirse unas acciones que en la edad de la puericia son verdaderamente maravillosas. Un tomo en 8.º á 11 rs. en pasta.

Avisos saludables de un Filósofo cristiano. Todo en esta obra es sentencia, luz y sentimientos piadosos. Por una parte se halla una devocion tierna, ilustrada y sólida, sustentada con la lectura de los libros santos y de los Padres de la Iglesia; y por otra se ven exemplos penetrantes, pinturas vivas y enérgicas, expuestas mui á propósito segun las ocasiones, con el fuego, fuerza, eficacia y piedad que inspira el zelo de un filósofo ver-

daderamente cristiano, y de un maestro experimentado y hábil en formar dignos discípulos. Un tomo en 8.º con una estampa fina, alegórica, con su explicacion al frente, á 11 rs. en pasta.

Plano de la ciudad de Jerusalen y sus inmediaciones, como estaba en tiempo de nuestro Señor Jesucristo, en el que se ven los lugares y edificios de que hace mencion la sagrada Escritura, señalados con números, correspondientes á su explicacion, que es un tomo en 8.º, el qual contiene la historia y excelencias de la ciudad desde su fundacion, la del templo, y toda la pasion de nuestro Señor, de modo que cada uno puede formar un Via-Crucis en donde quiera que se halle; y al fin va añadido el Viage de Francisco Guerrero, que da razon de los Santuarios de Tierra Santa. A 6 rs. el plano solo, y con la explicacion en pasta á 14: tambien se vende sola la explicacion para los que tengan el mismo plano, que se dió en tamaño mayor con la Biblia traducida por el Ilustrísimo Señor Don Felipe Scio, á 10 rs. en pasta.

Vida de nuestro Señor Jesucristo, dispuesta por San Buenaventura, para enseñar á las almas devotas el modo de contemplar. Un tomo en 8.º á 10 rs. en pasta.

Catecismo grande y pequeño de Fleuri, en idioma frances, el grande para los que ya tienen alguna instruccion, y el pequeño para los niños. Un tomo en 8.º á 12 rs. en pasta.

Entretenimientos del Corazon devoto con el santísimo Corazon de Jesus, y obsequios

en actos de desagravios por las injurias hechas al Santísimo Sacramento, y Novena para la fiesta del sagrado Corazon. Uu tomo en 8.º á 10 rs. en pasta.

Direccion de lu confesion y comunion, sacada de los manuscritos de San Francisco de Sales, con una tabla mui útil para confesores y penitentes. Un tomo en 12.º á 4 rs. en pasta.

Prontuario de Testamentos y Contratos. Este es un compendio con muchas adiciones de la bien conocida obra que escribió D. Josef Febrero. Dos tomos en 8.º á 16 rs. en pergamino y 20 en pasta.

Directorio Espiritual de los santos sacramentos de la Confesion y Comunion, y del santo sacrificio de la Misa, con exercicio de la Oracion y Meditacion que los acompaña: por el P. Luis de la Puente. Tres tomos en 8.º á 24 rs. en pergamino y 30 en pasta.

Entretenimientos de Focion sobre la semejanza de la Moral con la Política. Un tomo en 8.º, á 10 rs. en pasta.

Octava del Corpus, traducida por D. Josef Chueca y Mezquita, Doctor en Derechos &c. Un tomo en 8.º con dos estampas finas, á 11 rs. en pasta.

Apocalipsi de San Juan, parafraseado por el Venerable Gregorio Lopez. Un tomo en 8.º mayor, con 24 láminas finas, á 56 rs. en pasta, y 14 á la rúst. con solo el retrato del Venerable.

Sermones sobre las Verdades mas importantes de la Religion. Cinco tomos en 8.º á 50 rs. á la rústica y 60 en pasta.

Pensamientos de Ciceron, traducidos al cas-

tellano para instruccion de la juventud, con el texto latino, la vida y el retrato del Autor. Un tomo en 8.º á 12 rs. en pasta.

Arte universal de la guerra del príncipe Raimundo Montecucoli. Esta obra, escrita por uno de los mas famosos generales de Alemania, se da nuevamente al público, no solo para instruccion de los oficiales militares y para los que abracen la carrera de las armas, sino tambien para los que quieran tener algun conocimiento de este nobilísimo arte, pues con la mayor brevedad abraza toda su extension. Lleva una lámina con veinte y una figuras relativas á la construccion de los tres géneros de fortalezas regulares é irregulares, con sus rebellines, medias lunas, contraguardias, tenazas dobles y sencillas, obras coronadas, reductos, estrellas &c., y de otras fortalezas menores. Un tomo acomodado para el bolsillo, á 6 rs. en pasta.

Conclusiones Político-Morales, que ofrece á público certámen contra los hereges de estos tiempos, en particular contra Napoleon Bonaparte y los suyos, D. Fidel de España, sostenido por D. Paulino Leal, Catedrático de Derecho Patrio en el Colegio Clementino de Leon. La palestra se presentará en el gran templo del patriotismo. Un quaderno en 4.º á 3 rs.

Oda al Excelentísimo Señor General Ingles Sir Cárlos Guillermo Doyle &c. con motivo de su feliz arribo á Zaragoza para tratar de la paz. Papel en 4.º á real y medio.